

Acad-II
Exp-146

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. ALMIRANTE D. RAFAEL ESTRADA ARNAIZ

EL DÍA 24 DE MAYO DE 1945



SAN FERNANDO

Departamento de Cádiz - Sección Tipográfica

1945

DISCURSOS

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

EN COMMEMORACION DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

R41081

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. ALMIRANTE D. RAFAEL ESTRADA ARNAIZ

EL DÍA 24 DE MAYO DE 1945



SAN FERNANDO
Departamento de Cádiz - Sección Tipográfica
1945

Rafael

DISCURSOS

LEÍDASE EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA SECCION PRINCA DEL

EXCMO. SR. ALMIRANTE D. RAFAEL ESTRADA ARNAIZ

EL DIA 31 DE MAYO DE 1912



REPUBLICA DE ESPAÑA
Ministerio de Instrucción Pública
1912

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. ALMIRANTE D. RAFAEL ESTRADA ARNAIZ

DISCURSO

DE

EXCMO. SR. ALMIRANTE D. RAFAEL ESTRADA ARNAIZ

SEÑORES ACADÉMICOS:

"Quien no se aventura no pasa la mar"



AL fué el proverbio que acudió a mi mente al meditar acerca del tema que habría de elegir para el discurso de ingreso en esta docta Academia; porque, si gratamente sorprendido me hallé al tener noticia de que mi modesto nombre sonaba en esta Casa—lo que ni por asomo se me ocurrió pensar—no es menos cierto que la agradable sorpresa trocóse en perplejidad al pensar en la obligada lectura que constituye el tributo de entrada.

En ese soliloquio, acuciante, me decía: Si la Academia tuvo la bondad de designarme entre los marinos para que los profesionales de la mar tuvieran representante en la sede del buen decir, indicado es, entonces, la elección de un tema acerca de algo que se relacione con el mar; pero ¿Cual entre tantos temas marítimos que al instante se ofrecen al pensamiento?

Si mi misión aquí ha de ser velar por la propiedad de los numerosos vocablos que esmaltan el pintoresco lenguaje marino, la lógica parece aconsejar que dentro de tal cauce discorra el río de las palabras; más, al adoptar esta decisión, posiblemente saldría del inevitable trance, con más o menos fortuna, ante los ilustres y bondadosos Académicos, a los que en breve podré llamar, con íntima satisfacción, compañeros; pero sacrificaba así a la mayoría de este benévolo auditorio, al

cual ante mi veía con la claridad que lo contemplo ahora. No todos tienen la virtud, que poseen los doctos varones de esta y otras casas similares, para encajar, cual atletas de la Sapiencia, serenos y conscientes, el pesado golpe de la forzosamente árida disertación acerca de cualquier aspecto de tecnología o nomenclatura marinera.

En el brillante auditorio de los recipiendarios hay hombres de todas las profesiones, lo mejor de cada una: literatos, poetas, artistas, matemáticos...; en general hombres de letras y hombres de ciencias; pero también damas: ilustres unas, distinguidas todas, por lo cual no es aceptable ni discreto abordar ingrato asunto que provoque la densa y peculiar atmósfera propicia a la fatiga y a ese consecuente estado, algo trágico, de la lucha con el sueño: agente diabólico que no suele acudir cuando se le llama y que invade, lento y seguro, el más despierto organismo a influjo de lecturas de orden técnico, cual indefectiblemente ocurriría si llegaseis a escuchar algo que al estudio del vocabulario del mar se refiriese.

Desechados, pues, los temas específicamente concretos, hacia los que me impulsaba el deseo de justificar en mínima parte la grata elección inesperada, quedó mi ánimo cual el de aquel que en la oscuridad de la noche busca a tientas la salida de un local sin luz; porque, algo parecido fué, en efecto:

Figuraos un despacho oficial en la noche, en la calma que sucede a la ruidosa actividad del día. El buscado silencio y la ansiada soledad me envuelve; más, ahora, en la quietud del ambiente, resuena firme, seguro, en rítmica pulsación, el batido de un péndulo que, encerrado en su alta y vieja caja, semejante a vertical ataúd, cuenta, inexorable, el tiempo. Voy contando sus batidos maquinalmente, mientras la imaginación trata de abrirse camino en busca de luz en las tinieblas. El ánsia y la incertidumbre llenan mi ánimo. Soy, en aquel momento, la estampa de la perplejidad.

Uno de esos incidentes, frecuentes en estos tiempos, dió, fortuitamente, un cambio a tal situación: la lámpara de trabajo, que alumbraba la impoluta blancura de las cuartillas, se apagó y el despacho quedó a oscuras. Sentí vaga sensación de alivio, no de contrariedad y, en espera de la luz, decidí fumar. Entonces, por virtud del detalle nimio, que a veces suele tener en la vida una mayor trascendencia que la que de su ordinaria aparición se espera, surgió, en la obscuridad, la luz a mi cerebro. Brotó de la esporádica visión de leve resplandor argentado que a muy corta distancia de mí se producía a cada bocanada de humo que aspiraba. La monumental escribanía de plata, que desde hace muchos años preside la mesa del despacho del Almirante de Cádiz, acusaba en la sombra su presencia al reflejar en su bruñida superficie el liviano foco de luz del cigarrillo encendido. Y en el anacrónico artefacto se hallaba la respuesta al interrogante:

Sobre gran concha de peregrino, a modo de acuático carruaje, deslízase sobre las ondas una semidesnuda diosa, acaso Anfitrite o tal vez Afrodita, que guía con ambas manos el galopante correr de dos caballos, hundidas sus grupas en las revueltas aguas. A la carroza acompañan, en su rauda carrera, dos monstruos marinos que asoman bajo la valba sus grandes fauces abiertas y, a ambos lados del vehículo marítimo, encastrados en las tapas de dos tinteros, que antaño tuvieron tinta, dos barbudos y robustos tritones empuñan sendas caracolas en ademán de hacerlas sonar a son de marcha triunfal. Algas trepadoras forman dosel a la diosa y culminan en un timbre que semeja una medusa, sobre la cual y, en actitud de posarse, extiende un pájaro sus alas. Variada flora marina cubre el borde de la arcáica escribanía, cuya barroca estructura, en su conjunto, como vemos, es símbolo de la mar.

He ahí, pues, el buscado tema: la mar.

Al decir *in mente* este nombre, ví ante mí extenderse el amplio panorama del gran círculo del horizonte marino, el cual, a medida que en la mar pensaba, iba ensanchándose, amplí-

simo, al elevarse el espíritu para captar mejor lo que a mi ánimo iba sugiriendo la contemplación del venerable artefacto, evocador del mundo de cosas que la mar comprende y de otras muchas que con la mar se relacionan.

¡Complejidad inmensa la del líquido elemento!

Sobre él transcurrieron muchos años de mi vida; durante ellos procuré conocer algo de sus profundos misterios y, como por la mar llegué a lo que soy y por ella estoy aquí, justo es que en el trance sin par de mi ingreso en esta Casa, me valga de la mar para cancelar mi deuda hacia ella y la contraída con la Academia Española.

Tomada esta determinación, advierto en seguida la dificultad de la empresa; porque, en tropel tumultuoso unas veces, y otras en distinta, pero rápida sucesión, acuden a mi magín los recuerdos; resultando un conjunto vago, sin hilación, incoherente, y el disciplinar los pensamientos, el poner orden en ellos, es en efecto, ardua tarea.

Ya teneis explicado mi estado de ánimo al comenzar este escrito, y el ambiente del cuadro en que se desarrolló, lo que equivale a cantar el *mea culpa* mendicante que, a modo de exordio, dice todo aquel que se halla en parecida situación a la mía, para recabar la indulgencia plenaria de un auditorio cual éste.



EN el torbellino de los recuerdos y entre las imágenes que sin tregua pasan ante mí en el nocturno silencio del despacho oficial, el poder de evocación trata de retener cuatro figuras de hombre que van destacándose en las sombras con mayor vigor y grandeza cuanto más lejano se halla el tiempo en que han vivido. Son los cuatro compañeros marinos que me precedieron en la Real Academia Española.

¡Cosa singular! llegan en parejas, y entre ambas media un siglo. Se ofrecen en el recuerdo emparejados, porque los dos

primeros convivieron juntos en la Academia, e igual ocurrió con los dos últimos; más, el primero que transpuso sus luminosos dientes, el más antiguo, fué el más joven de los cuatro y acaso también el más precoz de los que han lucido las académicas palmas.

Hace siglo y medio tenía D. Martín Fernández de Navarrete 27 años de edad cuando, con su habitual maestría, disertó acerca de la formación y progresos del idioma castellano y de la necesidad que tienen la oratoria y la poesía del conocimiento de las voces técnicas o facultativas. Literato insigne, gran geógrafo, erudito investigador histórico e ilustre marino, ha sido justamente recordado y, por tanto, elogiado, por el Instituto de España en la para mí inolvidable sesión que, no ha mucho, celebró esta entidad en el Museo Naval, donde tuve el honor de jurar el cargo de académico.

Poco tiempo antes, precisamente al cumplirse el centenario de la muerte del varón insigne, leí ante culto público, en Córdoba, unas cuartillas acerca de la vida y obras de D. Martín Fernández Navarrete. En mi calidad de presidente de la Sección de Ciencias Astronómicas de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, hablé en nombre de ésta para rendirle el homenaje del recuerdo en el Congreso que la científica institución celebró en la ciudad de Trajano en el último pasado octubre.

El segundo académico marino, tras lapso de unos 22 años, fué D. José de Vargas y Ponce, gaditano, a quién Fernández de Navarrete definía cual genio candoroso, franco sin cautela y dotado de una energía sin límites para el trabajo. Vargas era, además de otras muchas cosas, notable poeta festivo y satírico.

Las vidas de estos dos primeros académicos marinos fueron paralelas: ambos navegaron juntos en su juventud y unidos se hallaron en la triste noche del ataque a Gibraltar por las famosas y desafortunadas baterías flotantes, y también en el combate de Cabo Espartel. Sufrieron luego vicisitudes análogas, en la azarosa época que pasó España a causa de la inva-

sión napoleónica y los dos dejaron de pisar las cubiertas de los barcos para ocupar los más altos cargos en las ciencias y en las letras. Si joven llegó don Martín a la Academia de la Lengua, a la misma edad, exactamente, fué Vargas Ponce elegido para dirigir la de la Historia, y cuando éste dejó el mundo de los vivos, aquél le sucedió en el sillón presidencial hasta su muerte. Entre ambos sumaron más de medio siglo de excelente labor directora. España les debe profusa documentación histórica reivindicadora de pasadas grandezas; la Marina, el gran apoyo y saber que los dos prestaron para el logro de la hidrografía precisa y detallada de nuestras costas y de las lejanas de la América y Oceanía española, y el idioma, propiedad y galanura en el decir.

Los otros dos marinos que, casi simultáneamente, hicieron su ingreso en la Academia un siglo después de los citados, fueron: don Pedro de Novo y Colson y don Manuel de Saralegui y Medina. Como aquéllos, éstos, dejaron aún jóvenes la Marina activa para engolfarse en el más proceloso mar de la Historia y la Literatura.

Si aquéllos navegaron en los veleros puros, y unidos lucharon en la mar contra los enemigos de la patria, Novo y Saralegui cruzaron los mares en barcos mixtos de vapor y vela y se batieron, separadamente, en las alejadas y añoradas costas del ultramar que perdimos. D. Pedro combatió en Cuba, pero supo de las dulzuras de la perla del Mar Caribe; D. Manuel luchó con los piratas de Joló y conoció el atractivo de las islas del Pacífico, concentrado en las Filipinas.

Novo y Cólson cosechó triunfos como dramaturgo y en los clásicos teatros madrileños oyó aplausos y ovaciones de la mano de aquellos grandes actores que se llamaron: Valero, Calvo, Vico... Su pluma llenó grandes tomos de amena prosa narradora de viajes y combates: trozos de historia arrancados de olvidados archivos. No perdió de vista al mar, pues en la segunda mitad de su vida, alternó sus afanes históricos y literarios con el sostenimiento en España de la humanitaria ins-

titución de Salvamento de Náufragos. Saralegui se especializó en el estudio de la Filología y en ella dió fruto su incansable labor, como también lo obtuvieron sus ensayos históricos de reivindicador objetivo.

Esta vez no fue el abrumador plazo de un siglo el transcurrido entre el ingreso consecutivo de los marinos en la inmortal sede rectora del lenguaje hispano: Solo treinta años han pasado desde que D. Pedro de Novo y Colson leyó su discurso «Los Cantores del Mar»: tema bello y atrayente que su amor al medio en que se movió en su juventud, y su estro poético, le dictó oportuno. Circunstancias felices e inesperadas me llevan a seguir sus pasos y otra fortuita, ya contada, me impulsa no a cantar, sino a contar en charla familiar e íntima las cosas del mar. ¡Que muchos tenemos alma de poeta y, carentes de lira, solo en prosa sencilla podemos hablar!

Pero si consideré deber de compañerismo recordar los marinos que desfilaron por la gran casa zurcidora del lenguaje hispano, lo es, implícitamente obligatorio, dedicar justo tributo al académico que ocupó, el último, el sillón que, por mediación de la Divina Providencia, la Academia me asignó.



ON Manuel Linares Rivas y Astray vino al mundo en Santiago el año 1867, hijo de D. Aureliano, jurisconsulto insigne y político notable que desempeñó con acierto más de una ministerial cartera. La abogacía y la política del padre dieron a luz la literatura del hijo en su forma más espectacular: la teatral; porque aun cuando D. Manuel heredó de D. Aureliano la perspicacia del buen leguleyo y las dotes de persuasiva oratoria del buen político, su vocación literaria le impulsaba hacia el teatro y no ejerció mucho su carrera de abogado, aunque si llegó a ocupar asiento en el estrado senatorial.

Con su imaginación admirable, dedicóse a forjar vidas en conflicto y conflictos mundanos, y tan exhuberante era su inge-

nío que, casi todos sus personajes, de ingenio hacían gala en el curso del desarrollo escénico. Las frases sentenciosas, profundas, que obligan a pensar, alternaban, en sus obras, con las del más fino humorismo: el que hace sonreír con malicia y asombro por la justeza del concepto y la pureza de expresión. Comedias y dramas, en serie continuada, dieron gran fama a Linares Rivas, creador de un teatro que iba avante en las ideas con discreción y cautela; y que llegó a culminar en franca tesis de social psicología productora de discusiones vivas y apasionados comentarios.

Comenzó con el siglo su prolífica labor teatral que inició con el drama «Aires de fuera», y la fatalidad hizo que la noche del estreno y del triunfo fuese para su padre la del gran salto a mejor mundo.

Siguieron otros dramas y comedias costumbristas con éxito extraordinario, cual el «Abolengo» y, tras de abordar en verso el drama romántico en «Lady Godiva», y ser precursor del nuevo género escénico de animales parlantes, con la fábula «El Caballero Lobo», marcó jalones salientes, cual «La Garra», «Nido de Aguilas» y otras, en el teatro de tesis.

Pasan de medio centenar las obras de Linares Rivas y entre ellas se intercalan algunas oportunas y afortunadas traducciones, cual la retozona y bella opereta vienesa «La viuda alegre» y el drama de severo ambiente «El Cardenal».

Entre tantas y buenas, la obra que prefería no fué la de más éxito, sinó una titulada «Almas brujas», inspirada en el cervantesco retablo de Maese Pedro, y justificaba tal preferencia con el alegato del amor maternal.

—La tengo igual cariño que la madre al hijo que no ha salido bueno; comprende que es malo, pero es su hijo.....

Halló excelentes intérpretes para sus obras en los estrenos madrileños: eran los últimos tiempos de María Alvarez Tubau y los mejores de María Guerrero; el teatro de La Princesa y el Español brillaban en luminoso apogeo y en ellos hallaba la juventud de mi tiempo el máximo encanto de la noche, esperado con ánsia durante el día.

No puedo por menos de recordar dos trascendentales pensamientos de mi ilustre antecesor en el sillón letra Q:

«En nuestro camino, lo que encontramos más adelante como fatalidad, es lo que nosotros mismos hemos dejado atrás como torpezas.

Sentencia que figura en la comedia «María Victoria», inspirada en el filosófico concepto de que el futuro es sólo consecuencia del pasado.

Y en «Añoranzas», donde se expone el error, tan frecuente en la vida, de la inoportunidad en el tiempo y en las cosas, dice así:

«Todo tiene su hora y su momento. Y los afanes prematuros o tardíos, los afanes que no llegan a la hora precisa, se esterilizan y, además, son ridículos.»

Toda la noble alma de D. Manuel Linares Rivas se daba por entero a su labor literaria y de tal modo llegaba a identificarse con sus imaginados personajes que más de una vez se alarmaba la casa con lamentos, risas y gritos que partían de su despacho, y era D. Manuel, que lloraba, reía y gritaba cual los tipos humanos que su mente forjaba y que, con ecléctica lucidez, llegaba a encarnar sin darse cuenta.

Acaso la más interesante de sus obras se halla aún sin estrenar. Tiene por título «La novia de Europa» y por principal personaje a la Infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II. Sucede el episodio histórico, que el autor escenifica en grande, precisamente en el momento crítico del gran descalabro naval que sufrió España al intentar con mediocres barcos, en su mayoría mal pertrechados y dotados, una empresa de conquista que requería buena armada, preparación minuciosa, y un prestigioso almirante. La heterogénea Armada—que ningún español llamó Invencible a no ser, en broma, después del desastre—, salió hacia las costas inglesas sin jefe capaz de evitar lo inevitable; iba acéfala, aunque los dos Vicealmirantes eran buenos. La confusión que produjo el mal tiempo separó los barcos, dividió las fuerzas, que fueron batidas en parte por las inglesas, y

en conjunto, por la mar, viento y corrientes en parajes limitados por costas accidentadas no bien conocidas y peligrosas, y la empresa, fatalmente, fracasó.

Si las pérdidas en hombres y buques fueron sensibles, más lo fué la negativa nacional a la demanda insistente de Felipe II. El monarca pedía subsidios para rehacer la flota, porque sabía que España sin poder naval nada sería, y la novia de Europa dejó de serlo desde el instante en que fueron negados los medios para el naval resurgimiento. Al decaer la Marina de España advino el auge de la inglesa y, en consecuencia, al extenderse por los mares, se extendió por el mundo la hegemonía británica.

Muy interesante sería viese la luz en la escena esta obra final de Linares Rivas, labor teatral de ambiente histórico, basada en el libro del ilustre historiador D. Félix Llanos y Torriglia en torno a la figura, atrayente y simpática, de la Infanta de España Isabel Clara Eugenia.

D. Manuel Linares Rivas y Astray dejó de vivir hace siete años: murió en La Coruña. Con delectación he leído su discurso de ingreso en la Academia. Tiene la fecha 1921. Es un canto a Galicia que personifica en aquel gran poeta regional que se llamó Curros Enríquez, el autor de la preciosa cántiga, poética y melancólica expresión del amor grande a la patria chica, de esa extrema nostalgia o *morriña* que hace presa en el *probe e infelis* emigrado *camiño d'América*: atorrante futuro, que no regresa, o prócer que vuelve y siembra, generoso, con su bien ganada fortuna, la caridad y la enseñanza en su plácida y verde aldea.

A un gallego sucede otro gallego en la silla Q. Y si me permito decir alguna palabra en el viejo y armonioso lenguaje de Galicia, es porque a ello me invita, no sólo mi nacimiento en la tierra *meiga* sino mi calidad de correspondiente de la Real Academia Gallega. Y al decir esto veo, cual muchas veces vió mi antecesor, el peregrino espectáculo da «La Peregrina»: el pazo coruñés bucólico y *enxebre* de Linares Rivas: dulce, ru-

moroso y atrayente como los pinos de cabe el mar. En sus jardines y en su atalaya vagó el espíritu del escritor teatral, y de sus árboles y panorama brotaron las más felices ideas que, tras del papel pasaron, brillantes, a la escena.

¡Pazos coruñeses que matizais la costa brigantina! Con vuestras plazoletas de mirtos geoméricamente recortados, evocais remotas abadías y silenciosos conventos; por vuestras piedras musgosas trepa, acariciadora, la yedra y con frecuencia, la alegre y exótica bougainvillea; no falta sobre el muro, o en la tierra, la obscura y gnomónica losa con una sentencia latina, ni un cura que pasea, breviario y paraguas al brazo, en lejanía de senda entre eucaliptus.

¡Pazos que, de lejos, contemplais Marineda! Indefectiblemente, al ponerse el Sol, recibís los destellos fulgurantes que aquel os envía, a son de despedida, al reflejar su luz en los acristalados miradores que hacen de La Coruña gran pajarera. De los pazos parten húmedos caminos, pero Galicia toda, se halla cruzada por muchas y variadas vías: romanas calzadas; rutas cubiertas, labradas en la tierra por el tiempo y los carros, a modo de trincheras, con taludes que las zarzas tapizan y que al caminante ofrecen, maliciosas, racimos colgantes de jugosas moras, únicas que los rapaces dejaron madurar, porque siempre se hallan altos y en sitio inalcanzable a la mano; sendas de mullido y resbaladizo piso entre pinares, vericuetos entre terrenos labrantios, tapias y bardales; *corredoiras*; accidentados atajos, que cruza el forastero, con la impaciente esperanza de llegar al inacabable límite de la elástica y típica *carreiriña d'un can*.

Galicia es esto y mucho más, largo y difícil de expresar: humos que se elevan en espirales; carretas que rechinan con notas agudas, desgarradoras, y que a lamento trascienden a gran distancia; mugidos bovinos; vacas indiscretas, de mirar curioso, impertinente, que os siguen con el giro de la astada

cabeza, que, a veces, en la aldea, asoma por la ventana como cualquier vecina que atisba lo que pasa ante la casa; bueyes displicentes de vago y dulce mirar, babeantes, soñolientos, y rumiando siempre; zumbidos de moscas, de abejorros, trémolos de chicharras; de vez en vez un hórreo con sus remates córneos, espantadores de brujas y, entre el verdor, el campanario humilde con la cruz erguida.

Hacendosas mujeres de rítmico caminar y dulce habla, con la sella del agua, que forma prolongación de la cabeza, en perpétua exhibición de raro equilibrio circense. Hembras resueltas y vocingleras en muelles, playas y mercados; suaves y acariciantes cuando quieren; irónicas a menudo. Por la persuasión ladina ganan al hombre casi siempre, y cuando esto no ocurre, tras la amenaza anunciadora, la expeditiva ejecución de ésta, que, en verdad, solo practican en última instancia, ya que la fémica gallega vence siempre al hombre por la suma de encantos de que la dotó natura.

No hablemos del hombre de Galicia, el mundo entero lo conoce y sabe que más virtudes atesora que otras cosas. No hablemos tampoco de Galicia en el invierno que, en honor a la verdad, la que evocamos era estival; pero pese a la invernal meteorología galáica, de *orballos*, *nebueiros*, intermitentes chubascos del noroeste, y lluvias uniformes, de monótona persistencia, del sudoeste, cuenta también con días serenos, limpios de nubes, que son barridas por los frescos vientos del grave nordeste. Galicia, en todo tiempo, tiene su encanto, porque en toda estación tiene el manto verde.

Por la virtud solo de nombrarla ya se escuchan lejanos, en un prelude en crescendo, los armoniosos sonos de la alborada, y ante magra visión de *toxos*, *froles*, pinos y *castiñeiros* suenan en los aires voces corales, alegres, vivaces, de alalás, rubricados por *aturuxos*, gritos triunfales de antiguos tiempos; y también se oyen canciones lentas, delicadas, diluidas las últimas notas en la melancolía del espacio: cántigas que dejan sin respirar al que canta y sin respiración al que escucha; música honda de un

folklore evocador de campos y riberas, de santos e *meigas*, de *trasgos e demós*; de todo un panorama de fé y supersticiones que cantó Curros Enriquez y Rosalía de Castro, contó doña Emilia y musicó Valdomir. Tierra a *nossa*, productora, en la ausencia larga, de esa sensación que por ser más dolorosa que la nostalgia y la añoranza, *morriña* la llaman, pero que acaso la definan más justa y armoniosamente nuestros vecinos los portugueses con la voz: *saudade*, de la que un fado dice:

Esta palabra saudade
Aquele que a inventou
A primeira vez que disse
Con certeza que chorou.



UMPLIDO el deber gustoso de recordar al hombre ilustre que me precedió en la Academia, en el sillón que ésta, con bondad generosa y nunca bien pagada, me designa, debo confesar el breve coloquio que hubo entre la elegante letra Q y el que esto os lee:

No sin cierta emoción pasé, una a una las hojas que la Q tiene en el diccionario. Pensé que acaudillaba las preguntas y me pareció oír que en tono orgulloso la Q me interpelaba:

—¿Quien eres tú y cuales son tus méritos para ocupar mi silla, donde sólo once sabios se sentaron, siendo el primero un marqués de Villena y el último el ingenioso autor Linares Rivas?

No contesto, cual es discreto, ya que nada puedo responder a la interrogación de la altiva consonante, pero, por hacer algo, la dibujo repetidas veces en el papel y le hago ver que su minúscula es un círculo con una tangente hacia abajo: un nueve hundido, y la mayúscula muy variable, pues unas veces semeja arrogante matrona, otras un jefe militar que marcha al frente de sus soldados; en ocasiones el cisne que se desliza con todo el cuello arqueado, y hasta llega, en circunstancias de iniciación de un capítulo, a semejarse la Q a mortuoria corona con su lazo dedicatorio ondeando. Y al observar que sigue con atención mi

gráfica respuesta, me atrevo a decirle con el tono más conciliador y dulce que mi registro de varón encuentra:

—Letra Q, tu nombre me recuerda ciertas cosas, porque al nombrarte repetidas veces, la expresión fonética suena igual que el canto de un ave, que tu nombre tiene. Las madres te pronuncian con inefable entonación agorera, mientras los niños ríen enseñando las rosadas encías, y tratan de descubrir, tras los muebles y cortinas, la oculta persona que lanzó la voz característica del eterno juego del escondite. La infancia, en sus comienzos, se extasía ante el pájaro gracioso e inquieto que, con ruidos de artificio, asoma fugaz, burlesco y cromométrico en la giratoria puertecilla del reloj más hogareño que la industrial Helvecia fabricó, para decir tu nombre tantas veces cual unidades la hora. Eres reina en las cartas de la baraja inglesa...

Y no pasé adelante, porque, además de no ocurrirseme más cosas que decirle a la letra, esta fué desvaneciéndose poco a poco, al mismo tiempo que su nombre resonaba cual eco burlón que gradualmente va apagándose.

Dejo de hojear el diccionario, rompo la cuartilla donde dibujé un ejército de minúsculas qq y tracé fantasías con la mayúscula; dirijo una mirada elocuente e implorante a la escribanía inspiradora, y vuelvo a musitar, decidido: «Quien no se arriesga no pasa la mar».

LA MAR



VENTURÉMONOS sobre, dentro y en torno a esa gran masa líquida, cuyo aspecto parece uniforme y que a muchos aburre y atemoriza, porque su contemplación les inspira melancólica idea de aislamiento, soledad y profundo desamparo. Ello es cierto en buena parte, pero en primera impresión, sobre todo cuando el organismo humano no es apto para vencer la ruda prueba a que las olas someten a todo el que se adentra en la mar; entonces, al sugerir su recuerdo fatiga y repugnancia, cesa de inspirar curiosidad; pero, cuando la voluntad, al servicio del buen deseo, vence al mal de mar, que es lo general, o si al organismo no afectó la acción del oleaje sobre el barco, la mar adquiere entonces encantos femeninos, y por esto los profesionales del mar, por instinto, no acostumbramos a emplear, para nombrarlo, el artículo masculino.

¡Cuántas cosas interesantes ocurren en el líquido elemento! Si con la imaginación buceamos en las grandes profundidades oceánicas, veremos que la vida no cesa nunca, cuando en la tierra a muy corta profundidad solo materia inerte hallamos. En una sola gota de agua marina vive un mundo de invisibles seres que sirven de alimento a otros mayores; visibles en masas que dan color a las aguas en el día y las ilumina en la noche con mágica fosforescencia. Ese es el superficial alimento buscado por los peces, que viven en las capas altas del mar con más facilidad que en las profundas.

A medida que verticalmente nos internamos en las aguas,

con la temperatura en gradual descenso, va faltando la luz y con ella cesa la flora, y la vida disminuye, en consecuencia.

La tragedia del vivir aumenta a términos de horrible pesadilla. En los oscuros y silenciosos mundos oceánicos, veremos raros seres de gelatinosa contextura, hechos de agua de mar cuajada, ocultos en el fangoso suelo submarino al acecho de la presa sustentadora de su inútil vida; los veremos girar sus antenas de ciego o sus ojuelos telescópicos en las tinieblas, que a ráfagas alumbran con oscilantes exhalaciones fosfóricas. La lucha por la vida es en la mar mucho más trágica que en la tierra, y a la mar pertenece la cuna de los primeros seres que, como tales, mostraron actividad sobre el planeta; embrionarios animalejos, cuyos cadáveres yacen en las grandes estepas submarinas formando fangos de distintos coloridos.

A las accidentadas regiones submarinas de las cercanías de la meseta continental, donde todo es bulliciosa vida, porque los seres acuáticos pululan allí donde la luz llega y donde la flora se alza en masa espesa de intrincado bosques de viscosas algas, suceden los suaves declives, tras los cuales, la extensión se pierde en inacabables estepas de desoladora monotonía. Tales son los lechos de las grandes cuencas oceánicas y mediterráneas; divididas hacia su centro, como el Atlántico, por inmensa cordillera que, paralelamente a la costa, corre de norte a sur. A veces, el fondo se eleva bruscamente desde profundas hoyas y el suelo se alza formando bajos, o llega a emerger y forma islas rocosas de constitución volcánica. A la altitud de los montes en la tierra responde una profundidad análoga en las simas de los mares; pero los accidentes en el terreno de la región submarina tienen más suavidad, son menos bruscos y pronunciados que en la tierra que emerge al aire, y ello es debido a la constante acción pulimentadora de las aguas, que todo lo alisa y redondea.

Realmente, conocemos algo de esa misteriosa zona abisal, o de los abismos submarinos, como conocen los seres que no tienen ojos el espacio que les rodea: por el tacto y sensibilidad de

sus antenas exploradoras, Nuestros tentáculos son el cordel o el alambre de las sondalezas y, modernamente, los sondadores acústicos, que miden la sonda, o distancia al suelo submarino, por el tiempo que el sonido tarda en llegar al fondo y reflejarse en él: por el eco, como los más modernos sondadores llamados ultracústicos, productores de un sonido inaudible, piezoeléctrico, que el vibratorio emparedado de cuarzo emite en haz explorador y dirigido.

Las cartas isobáticas: representaciones gráficas de los perfiles submarinos, van lentamente haciéndonos ver la estructura del inalcanzable lecho de los mares, región de misterio, de frío y de noche eterna. Sobre él, la incesante lluvia de caparazones y esqueletos de los minúsculos seres de las zonas pelágicas, van rellenando barrancos y oquedades del suelo que yace bajo esa alta mar, la cual fué un enigma para la humanidad hasta el ayer de hace cuatro siglos y medio, que descifró la audacia y sapiencia náutica española.

A la inmensa gama de la fauna marina, desde el infusorio al cetáceo, corresponde otra en la tierra del microbio al paquídermo antediluviano; pero justo es confesar que en la lista gastronómica del yantar del hombre lo que más place y menos daña al organismo humano son los animales que proceden de la mar; casi todos aprovechables, ya que la serie perteneciente a la especie de moluscos y crustáceos, la más sabrosa, no puede compararse en tal concepto con su correspondiente u homóloga en la tierra, que nadie, ni aun en broma, osa probar.

La enorme masa líquida que ocupa la mayor parte de la Tierra (7/10), como todos sabemos, no está quieta; se traslada dentro de sí misma a influjo de las diversas temperaturas, del girar del planeta y del impulso impelente de los vientos, y así como estos soplan de lo más hacia lo menos frío, asimismo las aguas siguen en general análogas traslaciones buscando el lugar que por su temperatura les corresponde, obedientes a la ley del equilibrio, que no se alcanza nunca sin perturbación antecesora. Corrientes horizontales llevan calor a zonas frías y co-

rrientes verticales, de convección, mueven las aguas en ascenso y descenso. Nada está quieto en el mar, todo en él circula y mueve como la sangre en el cuerpo y, en tal concepto, el mar viene a ser fisiológico suero del planeta, salobre como el humano y de gran complejidad química ya que en la mar se hayan disueltos muchos de los cuerpos simples de la tierra.

La docilidad de la mar a vientos, calor y fuerza centrífuga que se traduce en agitación y movimientos de las aguas, manifiéstase, en bloque, en el diario giro de la Tierra al enfrentarse principalmente con nuestro satélite, la Luna. Toda la masa líquida, atraída por el misterioso poder gravitatorio que de los cuerpos emana y que rige el equilibrio del Universo entero, produce suave estremecimiento ondulatorio a lo largo de los grandes mares, que se hace ostensible en las costas con la subida y bajada de las aguas, cual ritmo de ascenso y descenso de un gran pecho que respira, y así lo conceptuaba algún antiguo sabio: la Tierra respira por el mar. Más el subir y bajar de la marea—que a Julio Cesar sorprendió en las costas británicas, al quedar su flota en seco en una bajamar escorada—no es solo a influjo de la Luna sino del Sol y planetas, y en composición armónica todas esas fuerzas ponderables, fórmulas matemáticas y máquinas calculadoras dan el valor resultante y el momento predictor en que el fenómeno ocurre en cualquier lugar del globo: cuantía e instante de la grande y lenta pulsación oceánica diaria, que es regular en los grandes mares y anormal en parajes de litoral complicado.

En la desembocadura de los grandes ríos, la lucha entre la marea y la corriente, cuando aquella es viva, o mayor que de ordinario, produce enorme ola que avanza internándose en el cauce con impetuosidad arrolladora, cual bloque de agua sin sostenes a los lados, sin contacto con la orilla, mostrando al aire la verticalidad de sus paredes laterales, brillantes al sol con siniestros reflejos metálicos. Y al percibir esta visión del pororoca o macareo, parece oírse, primero, vago rumor de trueno que suena lejos, mientras silencio expectante reina en el río;

luego, el apagado son crece, se va acercando como el batir redoblado de grandes tambores que avanzan; el peligro se acerca anunciado por el pregón lejano, y el silencio se rompe en las orillas, donde resuenan gritos y se ven correr los hombres y moverse los botes, tratando todos de huir ante el monstruo que llega. Se esfuerzan en poner a salvo personas y embarcaciones, cual los incautos insectos que, caídos en el baño, huyen del agua del grifo viendose irremisiblemente arrastrados hacia la vorágine del vórtice que el agua forma en el desagüe: minúscula reproducción esta del famoso malstron de las islas de Lofoten; fenómeno combinado de mareas y corrientes, inferior al que, la leyenda, al pulpo gigantesco achaca, y también al que Edgar Poe fantásticamente describe con su enorme embudo rotatorio y succionante.

Pero, a veces ocurre en la mar algo superior a todas las fantasías y es la inmensa ola viajera, no producida ni por la marea, como la antes descrita, ni por el viento, sino por violento seismo, o erupción volcánica en algún paraje del suelo submarino. Al sufrir las aguas la titánica sacudida, se produce el maremoto, de trágicas consecuencias a enormes distancias, por que allí donde el seismo se produjo, la mar se alza y esta hinchazón repentina tradúcese en la costa en una retirada o replegue en si misma, análogo al escarbar de toro que retrocede para acometer súbito con máxima arrancada, o al del animal felino que se aparta y encoge para dar espacio al salto y tensión a sus músculos, en preparación para la terrible acometida. La ola se traslada veloz, llevando en su masa, grande, de majestad aplastante, la feroz energía comunicada por la explosión sísmica; la ola se agranda al alcanzar parajes de escaso fondo, llega a las cercanías de la costa con el bramido y empuje de apocalíptica fiera y al romper, furiosa, en playas y acantilados, lo rebasa todo y se interna en la tierra arrasando cuanto al paso encuentra. Destruye la obra del hombre y la de la naturaleza hasta a muchos kilómetros tierra adentro; hace desaparecer pueblos enteros, y llega a lugares donde jamás se pensó que la



mar pudiera alcanzarles, y es que la epiléptica sacudida de la corteza terrestre dió pretexto a las aguas para rebosar de su ancestral cubeta y la mar hizo presa allí donde menos se pensaba.

Las olas de mareas y corrientes, los escarceos sospechosos entre islas y bajos, el pororoca, el malstrom, la ola gigante del maremoto, obedecen a causas ajenas al viento; pero las olas son hijas de los vientos, porque al empuje de ellos la superficie de la mar se arruga e inquieta, se riza, y al producirse el movimiento orbital de las moléculas, se inicia el ondulatorio de la masa y la onda se propaga sin arrastre. Fórmanse crestas y, por tanto, senos, en continua sucesión de apariencias andariega; semejantes a manadas de borregos cuando el soplo del viento precipita las aguas de la cresta que, al romperse, se corona de blanca espuma. Las olas que rompen son las temibles, las otras no; esas grandes, largas, que quedan al cesar el viento, son suave cuna para los barcos en los océanos: olas trocoidales, regulares, uniformes, verdaderas montañas líquidas que forman la mar tendida.

La mar, que tildan de monótona, es el más variado elemento del planeta. Nunca está igual, y aún las mismas olas jamás son idénticas entre si. Nada hay tan sedante como su contemplación; acaso el fuego, el de hogar, el de la chimenea de leños chisporroteantes, descansa el espíritu en forma magnética, pero su hipnotismo, a plazo más o menos largo, conduce al sueño. La mar nó: mantiene abierto el espíritu, y lo ensancha.

Desde tierra, en la blanca playa, nos sentimos ya atraídos por su aspecto, perfume y color. A los pintores les faltan sentidos para captar la sinfonía de la luz en la orla de los mares, y a los escritores palabras para expresar lo que ven, sobre todo lo que sienten, y, sin embargo, el panorama parece de una sencillez de acuarela estival: blancura playera con manchas de secas algas; redes extendidas; botes reparando, con abiertas costuras que ha de rellenar la brea, el chapapote odorante; saltadora plata de peces recién pescados; voces de final prolon-

gado; tostadas y membrudas pantorrillas; pies deformados que dejan, con un crugido, su impronta en la arena separada; olas rompedoras que hacen solo entrever, con cristalino brillo, la superficie interna de un cilindro envolvente, el cual en seguida se deshace en impetuosos borbotones de espumas que se atropellan, para el todo resolverse en caricia lingual, en lametón suave y alargado de la fina sábana de mar. Concepto, este, que cambia al observar su retirada, lenta al iniciarse y rápida, secuestradora, en su arrastre de arena, guijos, algas, conchuelas y maderos, cual zarpa que alcanza su presa y retrocede para nueva y más provechosa embestida.

En los acantilados y litoral rocoso, que no ofrecen la amortiguada de rampa de la playa, el eterno afán expansivo de las aguas, se traduce en golpes de ariete, formidables, que no conmueven de momento al titán del cabo o promontorio, pero que lo desgastan día tras día: en el fiero abrazo de la espumante ola, que se irguió destrozada en el tremendo encuentro, va la mole saliente de la tierra perdiendo siempre algo de su forma altanera, y su sustancia.



ABLAR de la mar! De la mar habla científicamente el oceanógrafo; físico del mar, que también es químico y biólogo; el hidrógrafo que aporta la suma de datos para que la Cartografía se encargue de trazar en el papel las líneas batimétricas, de igual sonda: las isobatas, y dibuje los perfiles de costas e islas en su precisa situación en el globo. La Meteorología unida está a la mar al hallarse esta sujeta a las perturbaciones atmosféricas. De la Astronomía necesita imprescindiblemente el que va por la mar, ya que en la fijeza relativa de los astros halla la referencia que la tierra, por su ausencia, le niega. Y así como el meteorólogo tiene que buscar en la mar la predicción del tiempo que ha de reinar en la tierra, así también el hidrógrafo ha de recurrir a la Geodesia para ampliar sobre la costa la red trigonométrica que aquella

tiende en los continentes. Todo está ligado: a la mar van a parar, como los ríos, las cosas todas de la tierra, y la mar influye sobre aquella no sólo por su mayor masa y extensión sino por la paradójica facilidad que da su medio para la unión de las tierras que separa.

De la mar proceden las nubes y las depresiones atmosféricas que a los máximos barométricos suceden, causantes de la perturbación que ha de traducirse en vientos tempestuosos, los cuales crearán, en paulatina y rápida sucesión de estados, la mar gruesa que marcha con el mínimo barométrico y avanza en los océanos, llevando en su vórtice la confusión de unas olas que arbolan de todas partes y una horrenda calma, asesina del barco velero que no pudo o supo maniobrar a tiempo en huída del centro trágico del ciclón antillano, del tornado de Africa, o del tifón de los mares de Oriente: huracanes que, formados en la mar, se adentran en la tierra hasta perder su energía y esfumarse.

De la mar hablan poetas y escritores. La mar es inagotable cantera de sensaciones y pensamientos, y se presta a cantar lo heroico y misterioso en estilo altisonante, así como a la expresión de lo melancólico en puro romanticismo, aunque lo riente y apacible no es raro sino frecuente en la larga sucesión de los días en los mares. Y de la mar hablan en rudo y atrayente lenguaje los hombres de mar, con sus frases, refranes, historietas, fábulas, leyendas y consejas. Sentenciosas, instructivas, las primeras, interesantes en su ingenuidad las otras, y todas ellas evocan: el pueblo marinero con sus muelles y tabernas; el hogar del marino retirado, que usa recia barba o rostro rasurado, que cuida con esmero las flores y plantas del pequeño jardín de plácida casa que al mar se asoma, y cuenta a los nietos en las noches de invierno las tribulaciones y aventuras que sufrió en los mares y corrió en los puertos; y la humilde barraca que trasciende a brea y a pescado, y desde la que se oye, según la época, suave rumor de mar en bonanza o el furioso romper de las olas en playa siempre cercana.



NINCIADA nuestra modesta disertación sobre la mar con tenue pincelada oceanográfica, no podemos sus-traernos a trazar levemente el bosquejo de la mayor grandeza que desde la mar se contempla con más asiduidad y ansia que en la firme tierra. Estar en la mar es hallarse próximo al cielo, porque al encontrarse el hombre en alta mar y en la noche no tiene otra luz que la de los astros que alumbran su camino sobre la desamparada superficie del elemento líquido en busca de la tierra. Realmente en la zona pelágica, en pleno océano, es donde el marino dispone de más tiempo y donde más tranquilo se halla, porque a la vista o en las proximidades de la tierra es donde ha de estar en perfecta vigilancia, ya que en esta zona el peligro ronda bajo la quilla por la existencia de bajos y escollos que se elevan del suelo submarino en traidora vanguardia de la tierra, y el peligro del tráfico acentúase, como en las carreteras en los alrededores de los pueblos .

En la mar adentro, al enmararnos, solo existen mar y cielo, y en tales circunstancias, teniendo por testigos agua y firmamento, limitada aquella por perfecto círculo y este por el ilimitado hemisferio celeste, el marino se confiesa microscópico ante la grandeza de ambos elementos; pero, al mirar hacia arriba e intentar en la noche el imaginativo sondeo de los espacios siderales, el ser desaparece en volúmen, porque mar, tierra y planeta se atomizan ante la consideración de los insondables océanos astrales. Surgen los interrogantes y los ojos se abaten hacia la masa oscura y moviente que al barco sostiene. Acaso un salsero, una rociada o salpicón de la mar, baña el rostro del ocasional filósofo marino y sus labios perciben el acre sabor salado del elemento más igual y cuantioso de la Tierra y una viva interrogación surge a punto ¿porqué la mar es salada? ¿de dónde, cómo y cuando procede y se formó la mar? y entonces, por instinto, la mirada vuelve al cielo y el cosmos nos responde en forma vaga, de conseja, con voz de sibila:

—Los luminare que ves, obra de Dios, son solo una peque-

ñísima parte del gran Universo y se hallan sujetos, como los seres todos, a la ley fatal de la vida y de la muerte; algún día dejarán de brillar y voltarán, como la Luna, mortecinos, cada-
véricos, en el espacio sin fin, hasta que salten en pedazos por la acción de otro astro grande y pujante o por inevitable encuentro con aventurero cometa de núcleo denso e igneo que arrastre en su leve cabellera los fragmentos pulverizados, restos del astro englutido. Pero nada desaparece, todo se transforma y, ante la ley destructora y creatriz, de la conservación de la energía, a un astro otro sucede: unos rayos misteriosos, los cósmicos, que llevan en si germen fructífero, nacido de la materia disgregada, en forma de polvillo, crea la informe nebulosa, y esta, en gestación lentísima, va condensándose en masa nuclear deambulatoria que llega, al cabo de milenios mil, a refulgir como esplendente sol: futuro padre de nuevo sistema astral. El dedo de Dios señálale un camino y girando, para mejor hender los espacios siderales, marcha veloz, mientras la masa, en el girar sin tregua, se acomoda a la noble forma de la esfera; que no logra alcanzar, porque la fuerza centrífuga la achata entre polos y la ensancha en el ecuador hasta el punto de dar nacimiento a un anillo, que sigue su giro en el espacio. Rómpe se el anillo y los trozos gigantes, que también como esferoides se redondean, son ya los satélites encadenados al nuevo sistema astral.

Acaso uno de esos trozos fué nuestro complicado Mundo: pequeño sol degenerado que, a imitación del astro rey, pudo, tal vez así dar nacimiento a la Luna. Ciñe después a la Tierra vaporosa corola formada por gases de fundidos cuerpos simples; la cual, por virtud del enfriamiento, dió origen a colosales diluvios, y unierónse los cuerpos simples para formar los compuestos. En el riguroso turno que la temperatura establece para el punto crítico de la formación de estos cuerpos, le llegó su vez al agua, que cubre toda la Tierra y todo en ella se disuelve, y el agua adquirió entonces el sabor amargo y salobre de los cloruros.

Así habló el cosmos brevemente, aunque con más poesía

pudo hacerlo, y con bellísima voz, alguna sirena u ondina de la corte del maduro y fornido dios Neptuno, que a las aguas regía y al que se le sigue rindiendo jocoso homenaje al traspasar los buques la sofocante línea ecuatorial. Pero también rigió los mares la griega Talasa, madre de Venus, en tiempos en que la imaginación de los hombres poblaba los océanos de leviáthanes y otros mónstruos de grandes fauces y desmesuradas colas. Cabalgaban en ellos las princesas del mar y el cortejo se anunciaba de lejos con el resplandor vivísimo que el reflejo solar producía en la plata de las escamas y el oro de las flotantes cabelleras.

Pero, por grandes y monstruosos que fueran los imaginados seres que vivían en los mares en aquellos relativos remotos tiempos de otrora, la realidad subrepujó a la fantasía, porque cuando la mar cubría casi la Tierra entera y la tierra era fangal inmenso de exhuberante y gigantesca flora, reptiles enormes de achatado cráneo terminados en larga y pesada cola, oteando y bramando, disputábanse el dominio del planeta.

Dejó el clima de ser propiciatorio a la vida de los antediluvianos y, rematados por los grandes cataclismos que dieron a luz los continentes, y a las aguas cauce y lecho, llegó el advenimiento a la Tierra de un pobre, desnudo e indefenso ser, pero al que Dios dotó de extraordinarias cualidades: Vertical, prensil y pensante, el hombre se adueñó de todo, principalmente por el lenguaje, que unió a la especie en la común lucha contra los elementos y las fieras. Del lenguaje se sirvió Dios para desunirlos en evitación del inútil y vanidoso sacrilegio arquitectónico de Babel y el idioma los fué agrupando más que el poder de las razas.

Por la mar adelante, caminó el idioma de Cervantes con la cruz alzada y sonaron voces hispanas en los océanos vírgenes y en las playas, ensenadas, bahías y surgideros de nuevas tierras. Voces españolas de recio y claro tono resonaron en las oquedades de acantilados donde jamás se oyó voz alguna, y después de trepar por riscos y montañas, e imponerse a otras

voces inferiores, sembró de nombres imborrables puntas, cabos, promontorios y marcó con nuestro sello toponímico inmensas regiones completadoras de la hasta entonces conocida Geografía del Mundo. Cambiarán los tiempos, mudarán los hombres pero el idioma, arraigado, perdurará y el lenguaje castellano seguirá enriqueciéndose. Ni siquiera perdió en armonía al trasponer los mares; su tono se dulcificó más bien para expresar con onomatopéyica suavidad los encantos de templados climas, los jugosos frutos de nueva fragancia, los nuevos árboles y flores de grato perfume, y la ingenua bondad de un ambiente propicio al patetismo y, por tanto, a la más alta expresión del humano sentimiento.

Voces españolas marineras fueron las que primero se oyeron en el ultramar desconocido de Occidente, como portuguesas eran las que se escucharon en las costas del Africa meridional y las del Indico; ambas confluyeron simultáneamente en el dédalo de las islas de Oceanía y desde entonces las lenguas de Iberia no podrán enmudecer mientras la Tierra exista, como inmortales son para el completo erudito las lenguas madres que hablaron griegos y latinos. Estas, también, por la mar se difundieron: bogaron las voces griegas en el viejo Mediterráneo con los barcos de Ulises; entraron en el Mar Negro con el «Argos» de Jasón; con la flota de Cesar llegó la lengua del Lacio a el occidente europeo y con la de Escipión a lo largo de la costa norte africana.



ON las voces marineras puede ocurrir algo extraño, sobre todo en el lenguaje a bordo de un barco velero. En alguna faena pudiera oirse gritar al contraestre en cubierta:

¿Perico? ¡Dale una margarita al amante! ¡Llévalo a besar!
Perico no es un marinero, sino una de las vergas altas del palo de más a popa, el mesana; el amante es un cabo, o cuerda, que se amarra al extremo de la verga; margarita es la expre-

sión del más sencillo nudo, y llevar a besar es acercar una cosa a otra hasta establecer contacto.

Muchos ejemplos podrían ponerse al juntarse, en el azar de una faena, voces, que, unidas, tuviesen para el profano extraño significado. Los nombres de animales se usan mucho para designar objetos y artefactos que en nada los recuerdan: la gata, que es un aparejo para suspender el ancla; galápago, pieza que sirve de guía a una cuerda; galga; anclote que refuerza el ancla..... Y centenares de nombres que significan muy otra cosa que en el lenguaje ordinario: abanico, cabria de un palo vertical y otro inclinado; espía, cabo o cuerda para hacer avanzar un barco; chirlata, cuña que rellena el hueco de un palo al paso por la cubierta.....

Un barco puede ser *ardiente* y también sentirse *celoso*. En el primer caso tiene tendencia a orzar, a poner la proa al viento; en el segundo es un barco falso, peligroso, porque tumba o escora demasiado, y entre ambos temperamentos, la elección no es dudosa: es preferible el ardiente, que es cualidad marinera. Un barco puede «ir echando chirivitas», vieja frase marinera, expresiva de la velocidad, aplicada en tierra; las *chirivitas* son los puntos brillantes, fosforescentes, que se deslizan en la noche a lo largo de los costados y que hacen refulgir la estela que deja el buque tras sí: ya hemos hablado de ellos, pues son los microscópicos seres que sirven de alimento a los peces, los que constituyen el plankton, nutritivo manjar de los fecundos mares.

Alguien, que contemple un buque de vela navegando, puede exclamar en forma de comentario:

—Ese barco va a la cuadra.

Y si la tal embarcación lleva las velas orientadas para recibir el viento por el través y esto así sucede, la observación es justa.

También puede verse obligado un barco a «correr en calzones», o sea con solo los bolsos que en las velas más bajas se forman para reducir la superficie al viento, maniobra de nombre

vergonzoso, pero que puede ser más conveniente que la usual en los temporales, y que tiene nombre taurino: capear.

Pero lo peor que le puede a uno ocurrir en la mar es, tras «hacer gorgoritos», ir a parar al «patio de los cangrejos», o sea ahogarse y hundirse. Un incauto podrá, en tierra, «caer en el garlito», pero en la mar son los peces al entrar en una nasa o cesta pequeña, que es aditamento a un arte de pescar, y así pudiera seguirse hablando mucho rato de este aspecto marinero, porque en un barco hasta los objetos inanimados hablan y responden a las llamadas que se les hacen, tienen personalidad. Para comprobar este curioso extremo, no teneis más que asomaros a la escotilla de un compartimiento de un barco y llamarlo por su nombre, por ejemplo:

—¿Sollado? y del piso bajo cubierta resonará a poco una voz, tal vez apagada por la distancia:

—¿Mande?

Palos, vergas, máquina,... todo a bordo contestará a la llamada con la misma voz interrogante y servicial: mande. En la noche, en la mar, resuenan voces que interrogan a ciertas partes del barco donde se hallan las luces de situación, que no deben apagarse más que en guerra, y se oyen las respuestas:

¡Roja y clara! ¡Verde y clara! ¡topes claros!

Hasta no hace mucho tiempo se «corría la palabra», en puerto, a lo largo del barco, nombrando primero a la toldilla o parte de popa, la cual respondía llamando al portalón de babor; este, a su vez, al castillo, o parte de proa, y la voz se extinguía en el portalón de estribor. Eran los alertas para la comprobación de la buena vigilancia, que daban sensación de estar guardados, como la daban aquellas voces de los serenos, que aún resuenan en el silencio nocturno de algún pueblo: el canto de la hora, con la coletilla del estado del tiempo.

Antaño, a bordo de las galeras y galeones, los pajes encargados de la cuenta del tiempo con el primitivo reloj de arena, la ampolleta, cantaban la hora, iniciaban el alerta, y rezaban en voz alta alguna oración implorante y breve.



A oración aún se conserva a bordo y sigue comunicando al oyente el tenue escalofrío de lo emocionante. En la hora gris de la puesta del sol, en el silencio que sucede al final de las actividades del buque, asciende en los aires la plegaria de la dotación formada en la cubierta. El canto es armonioso y en los barcos grandes lo avalora la música. El conjunto de voces viriles suena grave y humilde:

Tú que dispones de cielo y mar
Haces la calma, la tempestad
Tén de nosotros, Señor, piedad.
¡Piedad, Señor; Señor, piedad!

Momento místico y de noble poesía; emotiva plegaria a la que subraya el acorde final en bajo tono. Si solemne es la diaria oración en la quietud del puerto, más lo es en la mar. Sobre el gran elemento, cosas y ocurrencias adquieren nuevo valor y máximo relieve. La Misa a bordo en alta mar logra una solemnidad no igualada por la grandeza y majestuosidad de la más ingente catedral con los resplandores de la plata y oro de altares y vestiduras, voces corales, órgano e incienso.

Cuando el estado del tiempo lo permite y el altar se alza en la cubierta, no existe bóveda de templo alguno comparable a la natural del cielo, ni marco más vasto y apropiado a la meditación religiosa cual la inmensidad de la mar, sin más límite visual que el firmamento.

Oscila el barco con bandazos lentos, y los cuerpos, por instinto y sin esfuerzo alguno, se inclinan en sentido contrario al pendular movimiento; chillan las gaviotas evolucionando en torno al barco en maravillosa exhibición de vuelo; trepida el piso, la cubierta, al rápido son del girar de las hélices y las olas susurran cuchicheos al lamer suavemente los costados del barco. Algodonosos grupos de nubes, los cúmulos, forman en el espacio las más raras figuras, las que uno quiere: frailes orantes; postradas multitudes; rostros que imploran. Y en el amplio

ambiente, entre mar y cielo, percíbense sensaciones de cosas que la Misa en tierra no llega a inspirar.

Si la vida de mar inclina rectamente el ánimo hacia el sentimiento religioso, por la grandeza de un elemento que se muestra inefable en la calma y peligroso en la tempestad, también la superstición, a influjo del medio, hace presa en las nobles e ingenuas almas de las verdaderas gentes de mar. Muéstrase la fé y religiosidad en las iglesias, capillas y humildes ermitas de los pueblos pesqueros que jalonan la costa, en forma de los interesantes exvotos que en aquellas penden de paredes y techos. Cuadros y modelos de barcos; pinturas de autor anónimo en las que las olas, enormes, envuelven la embarcación salvada entre intenso color de verde torbellino; sobre las olas rompientes y en las tinieblas de una negra noche, resplandece la Virgen del milagro y un haz de blanca luz, que de su corazón parte, alumbraba las tristes figuras implorantes de la dotación arrodillada en la cubierta. La desproporción de hombres y cosas recuerda las pinturas primitivas, y la ingenua sinceridad de los letreros corta tajante toda idea humorística que la falta de arte pudiera sugerir, porque el milagro fué un hecho desde luego. Y nadie que sea profesional de la mar lo pondrá en duda.

Oscila en el aire, a impulso del viento que se cuele por la mal cerrada puerta, el barco velero, reproducción en miniatura del que la Virgen de la ermita salvó un día. Con amoroso afán, los rudos hombres de mar fabricaron casco, palos y aparejo; sus toscas manos, semejantes a zarpas que aferraron velas entre lluvia y viento en lo alto de vergas, en vaivén peligroso, tallaron en la paz de la casa delicadas y minúsculas copias de las variadas cosas de a bordo, y allí está la goleta, el barco en miniatura, cual mudo testigo del premio a la fé.

Pero la superstición cabe también en el ancho pecho del hombre de mar, y las consejas corren a través del tiempo y del espacio, impelidas por vientos invernales. Llegan con acompañamiento de aullidos extraños y lamentaciones de ultratumba, penetran imponiendo silencio en la ruidosa taberna del muelle,

y por los resquicios de puertas y ventanas se filtran para avivar las llamas del hogar, la memoria del viejo y la curiosidad del joven, y, después, llena de angustia el sueño del durmiente.

El buque fantasma continúa en los mares su andar incierto, sin derrota ni rumbo; navega majestuoso, en silencio, con todo el aparejo al viento; cruza a la vista un instante, luego desaparece en la bruma sin dejar más rastro que el pavor en la mente del que lo ha visto, porque el buque fantasma es en la mar lo que la Santa Compañía en tierras gallegas.

Pero a veces no es ya el misterioso barco tripulado por muertos, cual dicen lo fué el buque-escuela «Galatea» antes de ser nuestro, ni se trata de la famosa sierpe de mar, o del pulpo gigantesco, sino de algo más cierto, de casos de telepatía y televisión como el siguiente:

Por las cercanías del Cabo de Hornos navegaba un velero. No era bueno el estado del tiempo; lo cual no era raro, porque en tales parajes sopla fuerte el viento y la mar hace muy penosa y difícil la navegación, que llega a ser arriesgada en el paso del frígido e inhóspito Cabo: extremo meridional de América, que se llama de Hornos y que, con más propiedad, debiérase llamar de las Tormentas, cual su similar de Africa.

Terminaba su guardia de noche el piloto y fué relevado por el capitán. Sorteando obstáculos, y con sensación de alivio, llegó el piloto a la cámara; sentóse a la mesa y, tras frotarse las manos, tomó la pluma para estampar en el libro de bitácora, los reglamentarios datos de mar y meteorológicos, que todos los buques del mundo consignan en los mares desde que, hace un siglo, el bienhechor capitán Maury lo propuso para captar, con la estadística, las empíricas leyes de vientos y corrientes.

Algo extraño sentía el piloto en torno suyo y, sin embargo, en la baja y austera cámara todo estaba cual siempre estuvo: mesa y sillas atornilladas al piso, cerrada la puerta de la gambuza o repostería donde los vasos y copas, aunque en la suje-

ción de la vasera, tintineaban al chocar entre si en los balances; bien cerrados los portillos, a pesar de que por alguno el viento lanzaba en las rachas peculiar silbido, que formaba macabra orquesta con los de tono más grave que el aire producía al tratar de filtrarse por la lumbrera; los golpes redoblados de la lona embreada que la cubría; las sacudidas o gualdrapazos de las velas y los socollazos o reacciones de las brazas que sujetan las vergas, y de las escotas, que igual oficio hacen con las velas; ruidos y sonidos familiares todos, como los crujidos del casco en los bandazos que, con fidelidad gravitatoria, marcaba en amplitud la lámpara del techo suspendida y hacían oscilar con fricción bisbiseante los chaquetones de mar y las amarillas ropas de agua pendientes de una percha en el mamparo.

Una copa de ginebra lanzada de golpe al colete, y una fuerte bocanada de la pipa, ahuyentó la sensación de angustia que el piloto sentía y se dispuso, diligente, a llenar en el libro las casillas que a sus horas de guardia correspondían. Pero, algo ocurría que renovó en su ánimo el desasosiego antes sentido; tuvo la impresión de que alguien le miraba; alzó la vista y quedó atónito ante la visión que frente a él tenía: espectro o fantasma de faz macilenta, cubierto el delgado cuerpo con desgarradas vestiduras, chorreantes de agua, como sus rubios cabellos, que casi le cubrían la cara dejando ver en la frente roja herida de la que manaba tortuoso hilo de sangre cruzándole el rostro y se perdía en la comisura de unos labios, cárdenos, exangües. Aquella triste figura era la del típico naufrago y de toda ella fluía singular atracción inspiradora de piedad profunda, pues su mirada era implorante y sus manos se unían en actitud de plegaria.

Quiso incorporarse el piloto y hablarle, pero no pudo y vió al fantasma inclinarse sobre la mesa, coger la pluma con su mano descarnada y escribir en el libro unas líneas y números que entonces no pudo ver pero que luego, al desaparecer la visión, leyó: ¡¡Socorrol!, latitud 54°-50' S, longitud 54°-50' W. G ¡Socorrol. Volvieron a oírse los ruidos del viento, mar, aparejo y casco, y

después de restregarse los ojos el piloto y mirar estupefacto en torno suyo, copió en un papel aquellas coordenadas geográficas que evidentemente expresaban el punto desde el cual pedía auxilio el náufrago: números que en el cuaderno de bitácora se hallaban escritos con grandes y temblorosos caracteres y eran, entonces, irrecusables testigos de aquella rápida escena de escalofriante e increíble visión.

Reía el capitán en el puente al ver la congoja del piloto, quien, blandiendo el papel en la mano, rogaba arrumbar enseguida hacia el punto que el fantasma había señalado. Creía el capitán borracho al piloto; más, pronto cayó en la cuenta que apenas diez minutos habían pasado desde que lo relevó en la guardia, y cedió al fin al ver en la carta que el punto misterioso no se apartaba excesivamente de la derrota que su barco seguía.

A la luz de torvo amanecer muchos ojos curiosos escrutaban las aguas con viva ansiedad, sobre todo el piloto, de quien aun se burlaba el capitán y también algún marinero escéptico que lo contemplaba con cierta irónica sonrisa. Y ante el estuor de todos una voz gritó desde la cruceta del palo trinquete:

—¡Bote por la amura de babor!

Cuando, tras largas peripecias, los náufragos se hallaron a salvo en la cubierta, el piloto reconoció en uno de ellos el vivo retrato del fantasma.

El hombre rubio de los cabellos mojados y la ropa hecha girones, según propia confesión, había pedido a Dios intensamente que hiciera saber a alguien del más cercano barco que acudiese en su socorro.

Así ocurrió, en efecto, pero de lo que la descarnada mano escribió en el libro de bitácora, y que el piloto había copiado, no quedaba ni huella.

Caso extraño de telepatía y televisión que fué contado en las costas de Escocia primero, en las tabernas del Támesis después, y en alas del viento llegó a los puertos de Galicia y Portugal, como antaño llegaron a éstas, no se sabe de donde, rumores de la existencia a poniente de raras islas, paraíso de aves,



defendidas por monstruos, así como de otras, reminiscencias de las míticas leyendas que cantó Homero y de las que contaban los bardos del norte.



É y superstición que producen milagros y consejas! pero el hombre de mar es también observador por excelencia, y reflexivo, y graba sus sentencias en copiosos refranero que a viva voz lo trasmiten los padres a los hijos. Refranes hay predictores del tiempo; unos de carácter universal, otros locales procedentes de las costas de las variadas regiones de España, y que revelan en breves frases la esencia del saber popular marinero a través de los tiempos.

Así, por ejemplo, la observación de la conducta de las gaviotas, que buscan el abrigo de la tierra cuando en la mar hay mal tiempo, dió lugar a los refranes:

«Gaviotas en el huerto, temporal en el puerto»

«Gaviotas en la mar, marineros a pescar.»

La aparición de niebla, según la altura en que se muestre, así indicará al pescador el estado del tiempo más probable, para salir o no a pescar»

«Niebla en el valle pescador a la calle»

«Niebla en la montaña, pescador a la cabaña.»

Una vez en la mar, son indicios de próximo cambio de tiempo el observar inquietud en peces y aves:

«Toninas que mucho saltan, viento traen y calma espantan»

«Patos que agitan sus alas y bucean sin cesar,
la lluvia y el viento no se hace esperar.»

En Galicia expresan más concretamente los hombres de mar el refrán de las toninas y el viento:

«Os arroaces brincan n' o mar, forte norte van a dar.»

Para una embarcación velera es muy de tener en cuenta que:

«Mar en contra de la ola, al contraste el viento rola.»

Cuando sobre el horizonte se observa negra nube que se aproxima, la manera según la cual descargue o desfogue al principio, es fiel aviso de la maniobra a ejecutar: disminuir vela o no:

«Si la lluvia te coge antes que el viento
alista drizas sin perder momento.»

Es decir que hay que arriar o aferrar velas altas, porque soplará fuerte el viento. Por el contrario:

«Si el viento te cogió primero,
iza velas arriba, marinero.»

Las olas anormales no suelen llegar aisladamente, sinó en grupos de tres; y los marineros dicen filosóficamente:

«Penas y olas, nunca vienen solas.»

Y a veces sustituyen las «penas» por las «mentiras.»

Los refranes marineros de índole local son principalmente aquellos que nos hablan de nubes en montes cercanos, lo cual es indicio de lluvia o de viento. Así en la ría de Vigo suele decirse:

«Domayo tomado, Vigo mollado.»

Y en Ceuta o Algeciras:

«Peñón con montera, levante fuera.»

Acerca de este viento, sofocante en verano, que deja de soplar durante la noche, dicen en la costa gaditana:

«El levante y el ladrón a la noche buscan mesón.»

Son muchos los refranes marineros. Hace poco han sido recopilados y editados por el Instituto Histórico de la Marina. Así que terminaremos con aquel proverbio que dice:

«El barco y la mujer siempre se han de componer.»

Aunque no podemos por menos de copiar otro que recuerda el típico del baturro de aldea que marcha a la ciudad y a quien sus amigos abruman a encargos:

«Encargos sin diñeiro no pasan de Cabo Silleiro.»

Dicho originario de Bayona de Galicia, puerto cercano al saliente cabo que cita el refrán.



OMO «hablar de la mar es nunca acabar,» al dar por terminada una fase o faceta del amplio tema, surge otra, cual la que ahora se ofrece, al recuerdo del gran español, Príncipe de los Ingenios, quien «escribió en la mar» porque tiró del remo en las galeras de Argel, que esa era la frase que en la jerga marinera se empleaba para expresar el castigo del forzado remero.

El recuerdo de Cervantes trae, como inmediata secuela, el del Fénix de los Ingenios, que, como aquél, también sirvió en la Marina; el uno se halló en el Lepanto victorioso, el otro en la Armada Vencible. Llevado de su ardor literario, Lope de Vega, escribió realmente en la mar, y se abstraía a bordo de tal modo que en una ocasión el rebufo del disparo de una pieza artillera le voló las cuartillas, que se esparcieron al aire y cayeron en la mar, cual bandada de aves que busca en la mar reposo.

Acaso en ellas escribiera notas de «La Dragontea,» borradores de aquellas sonoras estrofas:

«Ya tremolan al viento y dan vislumbres
Con sus colores varios a las olas
De las antenas, gavias y altas cumbres
Flámulas, gallardetes, banderolas.
Ya aderezan faroles para lumbres
La Capitana y Almiranta solas
Llevando, porque el cargo se adelanta
La Capitana tres, dos la Almiranta.»

Parecen verse a la velada luz de un ocaso que agoniza y una noche que comienza, las grandes sombras del velamen de los galeones que navegan con buen viento, y brillar en la majestuosa popa, en lo alto, en el coronamiento del galeón en cabeza, los tres fanales distintivos del Capitán General de aquella armada que avanza deslizándose sobre un mar tranquilo.

Pero como nada hay duradero en este mundo y «en la mar, todo es azar,» cambia la decoración a impulso de fortísimo viento que todo lo desconcierta y arrebatata:

«Como las roba su vestido al viento
No se ha visto ladrón que así desnude:
No queda estay, briol, ni racamento,
Que no lo rompa, tuerza o desanude.
Las brazas que al penol sirven de asiento
Con más robustos brazos los sacude,
Rompe los amantillos y destroza
Brandales, chafaldetes, triza y troza.»

Y el gran Lope de Vega hace alarde de su léxico marinerol, al enumerar, complacido, los diversos cabos o cuerdas, que constituyen el aparejo y gobierno de palo, verga y vela.



A literatura de la mar es prodigiosa y nada como ella para prender la atención de quien la lee: los naufragios con la horrible lucha del superviviente asido al madero salvador, que al fin alcanza la desolada playa de desierta, pero acogedora isla, donde el ingenio del náufrago halla medios para forjar una vida que más tarde ha de añorar, pese a verse a salvo y seguro en tranquilo hogar de bulliciosa urbe; los náufragos, poco afortunados que, al salvarse de la mar, se encuentran en paraje inhóspito y tienen que luchar, además, con la traición del indigena; los audaces exploradores polares que se ven envueltos en la negra noche glacial y que a la fantástica luz multicolor de las auroras

polares ven alzarse enormes y blancos fantasmas en la llanura de hielo, y escuchan siniestros crugidos de témpanos que se rompen, mientras los perros aullan a la muerte que en torno ronda; los piratas que tienen su base en desconocida isla, y en ella guardan incalculables tesoros en laberíntica gruta, que al andar de los años afortunado navegante descubre; los negreros crueles, acosados por los barcos de guerra, que unas veces burlan y otras caen presos, tras infernal barahunda de cañonazos, fuego y cruento abordaje...

¡Prolífica mar! nodriza inmensa, que alberga una flora que semeja fauna y unos seres que parecen vegetales; donde, como el pájaro en el aire, evoluciona agil y suelto el pez entre las aguas mientras otros habitantes subacuáticos, sutiles artistas, fabrican tesoros en la quietud carcelaria de sus conchas y valvas; y seres minúsculos, arquitectos maravillosos, construyen islas sobre cráteres de extintos volcanes. ¡Mar que ocultas las más grandes tragedias de la vida y los más violentos y agitados amores entre mamíferos! que, terribles destructores de todo, guardan caudal de ternura para la hembra y el hijo; seres que, en apretada masa trashumante, navegan dejando tras sí estela de germen reproductivo; peces que solo saben del amor a distancia, ni siquiera se ven, cual las palmeras, las cuales, aunque de lejos, se contemplan.

La Mar, que no es de nadie por su gran extensión, es, sin embargo, origen de litigios y discusiones y tiene, con su protocolo, legislación abundante; pero, cual ocurre en la tierra, gana siempre el pleito quien con más fuerza material lo mantiene. El vapor, las turbinas y el petróleo, empequeñecieron el espacio, y fueron dominando el mar; pero, las que lograron casi por completo su dominio, han sido las ondas electromagnéticas, que lo envuelven y lo escrutan y, en más o menos plazo, con la ayuda de la aviación, hacen trasladarse, allí donde se precise, la fuerza conveniente para hacer efectivo el predominio,

Ya no hay en los océanos islas desconocidas, las sirenas murieron, dicen que de tristeza, al ver abatirse sobre la tierra

el tridente de Neptuno, que de modo provisional y afortunado fué llevado a occidente por las tres modestas carabelas españolas del Almirante de Indias. No se hunde ya el sol, chirriando, en el mar tenebroso lleno de asechanzas, monstruos y misterios; pero la mar mantiene viva su fuerza y su pujanza, su enorme energía aun no captada, sus tesoros, sus grandes medios productores de vida, y los que ofrece para el fácil y rápido intercambio entre pueblos. Seguirá siendo fuente inagotable, inspiradora, para artistas, poetas y escritores, y no pudiendo el hombre llegar a las regiones abisales hay margen para soñar que allí se refugiaron las sirenas, ondinas y nereidas recluidas en mágicos palacios guardados por tritones y delfines. Aunque huyó el paganismo de los mares al avance audaz de nuestras cristianas carabelas, seguirán siendo nuevos para estímulo del arte y la poesía los preciosos cuentos que cantó Homero, el maestro cantor de los mitos del mar; seguirán los exvotos pendiente de bóvedas en los templos costeros y el verdadero hombre de mar, tosco, rudo, ingenuo y noble seguirá con su pintoresco lenguaje mariner, por cuya pureza prometo velar.

Así lo he jurado en una noche de marzo a hora avanzada, en el despacho oficial del Almirante de Cádiz, ante una estampa de la Virgen del Carmen que, desde hace años, campea en la simbólica escribanía, dictadora del tema, inspiradora de esta disertación, modesta como mía, pero que tiene el poder grande de haceros oír ahora al maestro de la elocuencia española y de que sea ya para mi un hecho el alto honor de ser compañero de los admirados académicos que cuidan del buen decir en el lenguaje de la inmortal España.

HE DICHO.

el estudio de la historia de la literatura en el mundo hispanoamericano, y en particular en el estudio de la literatura de la América Latina, se debe tener presente que el estudio de la literatura no es un estudio de los textos literarios en sí mismos, sino un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural. El estudio de la literatura debe ser un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. El estudio de la literatura debe ser un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. El estudio de la literatura debe ser un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos.

Así lo se muestra en una obra de gran importancia, el estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana. Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos.

Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos. Este estudio de la literatura en el contexto histórico y cultural de la América Latina, que se publica en esta colección de libros de la editorial de la Universidad de la Habana, es un estudio de los textos literarios en su contexto histórico y cultural, y no un estudio de los textos literarios en sí mismos.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA PEMAN Y PEMARTÍN

CONTESTACION

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA PÉMAN Y PEMARTÍN

SEÑORES ACADÉMICOS:



SIEMPRE he pensado que no hay mejor estilo que aquel que queriendo decir una cosa concreta la dice con pocas y justas palabras. Por eso me parece prosa excelente la de ciertos cuadernos de derrota y diarios de navegación, y aún la de algunas afortunadas leyes o reglamentos. Y por eso no creo que sea del todo antiacadémico que yo empiece citando unas palabras concretas del *Reglamento de actos y honores*, refundición en esto de las viejas *Ordenanzas Generales* de Nuestro Señor Carlos IV. «En la primera visita oficial—dice—que haga personalmente a un buque (un almirante), será recibido en la meseta superior de la escala por el comandante. La marinería cubrirá el pasamano, jarcias o vergas, para dar las cuatro voces de «Viva España» en el momento de izar la insignia».

Hoy llega un Almirante a la Academia. Yo que tengo el honor inmerecido de dirigirla, salgo al portalón a saludarlo. Y los cuatro «vivas» de reglamento van a ser los cuatro rápidos y breves apartados en que divido mi discurso.



EA el primer «viva», con júbilo de vitor y saludo, personal y directamente destinado a la persona del Almirante D. Rafael Estrada, nuestro nuevo compañero.

No he de trazar su biografía, ni he de recontar su bibliografía: prolija ésta en títulos como aquélla en hechos. No soy partidario de lastrar los discursos destinados al ágil y vivaz contacto con el público, con un peso de datos y de fechas, que resbalan por el oído como un lejano e inútil mosconeo. Reservo todo ello para una nota que quede brindada a la curiosa lectura, aquí, al pie de estas páginas. (1) Ella será como el sólido pedestal, sobre el que nosotros procuraremos ahora captar, en dos palabras, únicamente, la figura viva y humana del Almirante Académico.

Este que veis aquí de no sobrada estatura, cabello ceniciento, modales cortesanos y habla suave, es el Almirante D. Rafael Estrada y Arnaiz. Se vé que sus ojos puntiagudos y vivos, detrás de los cristales de sus gafas, están prestos a todo: lo mismo a resolver, en una Conferencia Internacional, un problema de balizamiento y alumbrado de costas, que a discernir un nuevo ingenio para hallar la dirección del meridiano magnético; que a descifrar mustios papelotes útiles para la biografía de D. Martín Fernández Navarrete o de los almirantes Lobo, y Oquendo; que a traspasar las intenciones y reticencias de un interlocutor en cualquier misión de diplomacia internacional...

(1).—El Almirante D. Rafael Estrada y Arnaiz, nacido en El Ferrol el 24 de Octubre de 1884, ingresó en 1899 en la Escuela Naval Flotante (fragata Asturias) siendo promovido a Alférez de navío en 1905. Con el crucero Extremadura estuvo en Inglaterra, Alemania y Rusia, y se halló en los sucesos de Casablanca en Septiembre de 1907, y en el Infanta Isabel—siendo ya teniente de navío—prestó servicios en Africa y posesiones de la Guinea. Cursados los estudios de la especialidad de hidrografía, y a bordo del buque planero Urania, tomó parte activa en los levantamientos

Lo mismo a cualquiera de esas cosas que a descubrir, una mañana, a la altura de Barcelona, un convoy enemigo que, tras de ser dispersada su escolta, entra, horas después, sometido y apresado, en la rada de Palma de Mallorca; o a recibir en su barco en la cerrada y triste noche del 5 al 6 de Marzo del 1938, esquivando durante el trasbordo la aviación enemiga, a trescientos cuarenta muchachos rotos y maltratados, supervivientes de un barco que se hundía entre llamas a poca distancia y que se llamaba «el Baleares:» sin más diferencia sino que seguramente aquel día los puntiagudos ojos vivos, que además de ser ojos de almirante lo son de poeta y de gallego. empañaron los cristales de sus gafas con una suave opacidad, parecida a la que pone en su cielo nativo el lagrimeo del *orballo* que es, también, acaso anticipando el carácter de sus hijos, como una especie de sentimentalidad meteorológica.

En síntesis: «almirante y escritor español»: como dirá al lado de su nombre, la ficha ya fijada para todo diccionario enciclopédico. Suena bien esa cifra: ella también con buen sabor enciclopedista de siglo dieciocho. Le han ido siempre bien al oficio de marino esas márgenes y ribetes de estos otros quehaceres científicos o intelectuales. Y ni siquiera son ellos, en el marino, superfluidades o violines de Ingrés, sino que son complementos bien maridados con la total fisonomía del auténtico hombre de mar. El hombre de mar es, siempre, un poco, un solitario, que, por desgajado de la sociedad, es tentado de todos los oficios y suplencias. Sus virtudes propias van desde las más épicas a las más caseras y administrativas. Su desvelo ha de recorrer toda una gama de matices desde el honor de la bandera al condimento del rancho. Ha de saber organizar un baile como una batalla. Es «hombre sin mujer» para la escrupulosidad doméstica del barco. Es hombre con largas horas de soledad para

hidrográficos de las rías de Galicia y costas de Marruecos. Mandó después el cañonero guardapescas «Delfin». Ascendió a capitán de corbeta en 1920, y con el mando del transporte Almirante Lobo, participó en la conquista de Alhucemas en 1925, siendo recompensada su actuación con la cruz de 2.ª clase de María Cristina. Promovido a capitán de fragata en 1929, fué comandante del cañonero «Canalejas» de servicio en África y Canarias, e hizo luego los estudios de Estado Mayor en la Escuela de Guerra Naval. En 1935 fué destinado como agregado naval en Roma. Ascendido a

las tentaciones estudiosas y literarias. En el mar es, un poco, toda la ciudad: alcalde, notario, casi sacerdote, listo para recibir un testamento o una promesa de matrimonio. En el puerto, es, un poco, la Patria toda, cuyo prestigio va como vinculado a la limpieza de los metales de su barco o de los botones de su uniforme. Militar injerto, pues, en mil urgencias civiles y diplomáticas, el marino tiene sus perfiles de hombre de guerra constantemente suavizados por múltiples adherencias de hombre de paz. Desde el *miles gloriosus* de Plauto hasta el soldado fanfarrón de nuestros dramáticos, siempre es el milite de tierra el tipo del hombre de guerra a toda hora y en todo trance. No existe el *nauta gloriosus*, el figurón de mar sin complementos de urbanidad civil. Soldadote desocupado de ciudad era aquel valentón que «caló el chapeo y requirió la espada» en el famoso soneto de Cervantes... No es ese ademán de marinero. El marino es silencioso y sencillo: porque sus hazañas suelen cumplirse en una casta lejanía, sin más testigos que los cielos y el mar.

Por eso, por esa civil suavidad de perfiles del marino, va a estar tan encajado en la Academia este Almirante Estrada, renuevo de la buena cepa de los Fernández Navarrete, de los Vargas Ponce y de los Novo y Colson. ¡Que bien le hubiera retratado Vicente Lopez, de pie junto a una mesa enfaldada de terciopelo rojo, delante de una gran cortina que, recogida, dejaría ver un mar desvaído surcado por una fragata con todo su trapío al viento! Sobre la mesa habría un libro abierto. Y sobre el libro cruzado, un antejo. Cifra y blasón de este nuevo académico, como para ilustrar la ficha sobria, de tan viejo y buen sonido, que le fija ya para todos los futuros diccionarios enciclopédicos: «almirante y escritor español».

capitán de navío se le confirió el mando del crucero «Balears» y luego el del «Canarias», tomando parte con ellos en importantes hechos de guerra. Como hombre de ciencia, el almirante Estrada ocupa lugar preeminente en nuestra Marina y en el Extranjero. Se ha dedicado con decidida vocación al estudio de los problemas de la moderna astronomía náutica e hidrografía. El Gobierno español le nombró su representante en la primera Conferencia hidrográfica Internacional extraordinaria celebrada en Mónaco en 1929 y también en la Conferencia Internacional de Balizamiento y



EA mi segundo «viva» al hombre de letras y de estudio, al académico ya...: académico de buena cepa, como acabo de decir, tan enraizado en la mejor tradición del primer academicismo del XVIII.

Hemos vivido recientemente una hora de la Cultura en la que la creciente extensión y afinamiento de las técnicas, creó obsesionadamente el tipo hermético e insular del especialista que se dedicaba a saber de una cosa con tanto ahinco, como a ignorar de todas las demás. El financiero era un hombre que se ufana de no entender de versos; el poeta, un hombre que se jactaba de no entender de números, y el científico, era un puro experimental que se preciaba de que entre su ojo y su microscopio o sus mapas, no se interponía una sola idea general que pudiera turbar su limpia y aséptica visión sobre lo concreto. Se pretendió así obtener espíritus insulares, desatracados de toda vecindad o contacto de otro saber que no fuera el suyo propio: sin comprender que así como una isla no puede existir si no existe un océano, la insularidad de un especialismo absoluto solo puede existir a costa de la inmensidad oceánica de una gran ignorancia que la rodee y la limite.

«Zapatero a tus zapatos» fué la consigna demasiado repetida, de esa época: ¡como si no estuviera refutado el excesivo rigor de esa consigna en cada calleja andaluza donde el zapatero canta mientras hace sus zapatos! ¡Como si no invitara nuestro modismo popular a rogar a Dios mientras se dá con el mazo, y como si no fuera la fórmula de la perfecta facilidad y fluidez del trabajo aquella de «coser y cantar»! ¡Y como si la anchura y soledad de las jornadas marineras no hubieran estado siempre, como ha escrito nuestro compañero en el prólogo de su *Oquendo* bien amistada con los libros y la lectura! No hay técnica que absorba el espíritu entero del hombre, y probable-

Alumbrado de costas que tuvo lugar en Lisboa en junio de 1931. Asistió igualmente al Congreso de la Unión Geodésica y Geofísica Internacional, reunido en Lisboa en 1933 y fué elegido presidente de la Sección de Astronomía, Geodesia, Geofísica y Geografía de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias en 1934. Sobre estas disciplinas tiene escritos numerosos trabajos en diferentes publicaciones, pero en especial en la «Revista General de Marina», en la que viene colaborando activamente a partir del año 1923. Entre sus monografías merecen citarse: «El servi-

mente no hay costura mejor que la que se hace al compás de una canción ni hay canción más bella que la que se concierta al ritmo artesano y paciente de nuestra aguja.

Fué esa obsesión del especialismo la que hubiera querido para la Academia, una cerrada recluta exclusivamente técnica. En ningún sitio hubiera sido menos justificado ese rigor. El lenguaje es un producto vital que a la vida se destina. La mesa oblonga de bayeta verde de las Juntas de la Academia, ha aspirado siempre a ser, en depurado esquema, una miniatura de la vida y la calle que han de utilizar el idioma. Hacen falta en ella los que cosen y los que cantan, y el diálogo de los técnicos ha de cruzarse en ella con el de los literatos y los poetas y los profesionales de todos los oficios, para que la palabra salga de esa manipulación y zarandeo, impregnada de realidad y de vida, vista para la sentencia definitiva, que la rechace o incluya en ese pequeño cosmos, a medias ciencia y a medias vida, que es un buen Diccionario de la Lengua.

En general nos habíamos olvidado de la cantidad de vida que hay escondida en la raíz de cada técnica. Las técnicas no son creaciones extrahistóricas, abstractas y gaseosas, sino productos de la vida misma. Fué la función catártica que el pitagorismo atribuía a los números lo que puso en marcha la matemática. La anatomía nació en Egipto, de la necesidad religiosa de embalsamar los cadáveres. El primer «Arte de Navegar» que compuso en nuestra Patria, Raimundo Lulio, fué escrito sobre la urgencia vital y catequística de poder llevar la fé a tierra de infieles. El valor mágico atribuido en la India a cada sílaba de los textos sagrados, hizo nacer, por una necesidad viva de exactitud, la Gramática, y la primera española, la de Nebrija, fué producto de la impaciencia imperial y política de enseñar nuestra lengua a los pueblos recién descubiertos en el Nuevo Conti-

cio hidrográfico». «Aplicaciones de la acústica submarina» «Nuevo aparato para hallar la dirección del meridiano magnético»; «La Oficina Hidrográfica Internacional»; «La nueva navegación astronómica» (1923-24); «Los sondadores acústicos y los ultraacústicos (1925)»; «La moderna navegación astronómica, marítima y aérea»; «Los faros ultraacústicos» (1926); «De Náutica astronómica (1927, 1928, 1932 y 1934)»; «*El Nautical Magazine* y Mr. Goodwin»; «Breve comentario» (al estudio sobre navegación moderna del contralmirante D. Luis Ribera); «Medio siglo a través de la *Revista*

nente. Nos habíamos olvidado de hasta que punto toda ciencia es tributaria de las condiciones de vida que la hicieron nacer. Si Euclides organizó la Geometría es porque se movía en un medio sólido que le imponía la realidad de las curvas, las rectas y los ángulos. Si se hubiera movido en un medio líquido o gaseoso, sin perfiles lineales, nunca se le hubiera ocurrido tal ciencia. Las sirenas no hubieran descubierto jamás la geometría... Tampoco los puros académicos, filólogos y especialistas, en un medio puramente técnico, hubieran descubierto todo el lenguaje sin la aportación laica de todos los oficios y todas las tareas. Siempre, y en primer término, estarán bien en la Academia los gramáticos y los lexicógrafos... Pero nunca estará mal en la Academia un Almirante que sepa los nombres jugosos de todas las velas, de todas las olas y de todas las nubes.

Y de como las sabe este almirante letrado, y de cuanta puede ser por ello su aportación académica, ya habeis tenido una muestra en un apartado del bello discurso que acabais de escuchar.

Pocos lenguajes más abundantes, gráficos y coloristas, que el lenguaje del mar: El hombre culto de la ciudad tiene muy amenguada la simple y lúcida facultad de ver, por la gran cantidad de ideas generales, abstractas y librescas que siglos de cultura literaria han interpuesto entre sus ojos y la realidad. En general, todas las facultades de reacción y adaptación al medio del hombre, están disminuidas en la misma proporción en que los adelantos de la civilización los han hecho innecesarias. Nuestra fisiología tiene disminuidas sus defensas reactivas contra los cambios de temperatura en la misma medida en que la calefacción ha hecho esta suave e igual; nuestro ojo tiene muy amortiguada su agudeza de ver, desde que la aportación literaria y la ausencia de una vida de urgente y diario contacto

General de Marina; «A propósito de la biografía del almirante Lobo» (apostilla al estudio de Juan Llabres, *El almirante Lobo*.—1927); «Epistolario interesante» (de nuestros marinos durante la guerra hispanoamericana de 1898); «La Conferencia Hidrográfica Internacional de 1929 (1929)»; «Testigos de una época que desaparecen» (el Ministerio de Marina, el Depósito hidrográfico), notable trabajo que obtuvo el premio Alvaro de Bazan, otorgado por la Revista General de Marina» (1929-30); «El viaje de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* y los artistas de la expedición 1789

con la naturaleza, ha hecho más innecesario el esfuerzo de *mirar*. Los cazadores de Altamira, cuya vida dependía de la pieza que descubrían en el horizonte, tenían para los movimientos de los bisontes y de los renos una lucidez de visión que no han vuelto a encontrar los pintores. La literatura y la abstracción se interpusieron luego entre los ojos y el modelo, como una neblina, y los caballos magníficos que pinta Velázquez con su enfático andar majestuoso, están más cerca de la idea abstracta que de la verdad del movimiento: son una alusión de gloria, un tópico literario, más que una reproducción gráfica de la realidad. Ha sido precisa la fotografía instantánea para que los pintores vuelvan a encontrar la exactitud del galope o el trote de los cuadrúpedos.

El mismo declive del grafismo y la limpieza visual se ha observado en el lenguaje. La abstracción, el cultismo, han invadido zonas enteras del lenguaje a las que antes proveían los ojos con sus adquisiciones lúcidas y directas. Donde un hombre culto de hoy dice, leguleyamente, *injuriar* o *insultar*, decía un hombre del dieciocho poner «cual chupa de dómine» y uno del dieciseis, poner «cual no digan dueñas», hablando así con los ojos, y pintando, para hablar, dos cuadritos de costumbres que aludían a la chupa llena de manchas del dómine pobrete o al coto-reo de las dueñas en tertulia de antecámara.

El lenguaje de los ojos está hoy refugiado en los hombres que de los ojos viven: cazadores, campesinos, marineros. Ellos que viven en contacto con la naturaleza ancha y soleada, tienen que mirar para vivir su oficio: y a la punta de sus miradas, limpias como flechas de cristal, encuentran las cosas y con las cosas las palabras.

¡Que bello lenguaje lúcido, soleado, chorreante de agua salada, como si acabara de ser sacado del mar ese del que el al-

1794»; «La carta náutica más antigua que España conserva» (1930); La Conferencia Internacional de Lisboa de Balizamiento y Alumbrado de costas» (1931); «Una visita a las islas de la Madera y Azores» (1931-32); «Un crucero por Argelia y Tunez» (1934-35) etc. Se le debe también «La educación técnica de los náuticos», en el «Boletín Náutico» (Barcelona 1928) y otros. Es autor igualmente de la versión española de la obra del almirante William Sowden Sims, Comandante general de las fuerzas navales americanas que operaron en aguas de Europa durante la gran guerra, titulada

mirante Estrada nos ha traído una leve muestra, anticipo de sabrosas y futuras pescas milagrosas! ¡Que graciosos y coloristas traspasos del mundo animal al inanimado, como en «la cangreja» y «la galga» y «la gata», del plano moral al movimiento físico, como en el barco «ardiente» y el «celoso»! ¡Que comprimido brochazo metafórico el del barco que «corre en calzones»! ¡Que interferencia de una poesía matinal, entre Homero y Hesiodo, impregnando aquel «amante» al que hay que darle una «margarita» para decir el cable al que hay que echarle un nudo! ¡Y que ceder luego sus frases y modismos al muelle para que la ciudad se los lleve tierra adentro y los ensanche y transfiera sus significados como en el «caer en el garlito», y el «echar chirivitas», o en el «viva la Virgen», nombre que ha pasado a ser genérico del inútil y para poco, por extensión del grumetillo torpe y último en fila que, vitoreando a la Virgen, solía terminar la cadena de «presentes» con que se recontaba la formación marinera! Y sobre todo ¡que hondo y misterioso antropomorfismo, ese que, casi revelándonos el misterio primero de las Mitologías, confunde y unifica al servidor con la parte del barco que sirve, y hace habladores y elocuentes el sollado, la verga, la toldilla o el portalón, que se llaman y responden cuando de popa a proa se «corre la palabra», como en los días en que el Eco y el Viento y la Nube tenían voz y figura humana, y Sísifo estaba en las entrañas del monte de su nombre y la vida de Dafne latía en el tronco de un laurel! No, no: ese barco que cruza los mares no es el simple taller de una pura técnica desvitalizada: es un pequeño cosmos de vidas y palabras; es una nebulosa donde tiembla, todavía en estado de fresca natividad, todo un lenguaje; es un trozo de diccionario vivo.... Justo es que, conducido por su Almirante, venga a atracar a la orilla verde

«La victoria en el mar» (Madrid, 1934), publicación del Servicio Histórico del Estado Mayor de la Armada.

Recientemente ha publicado, con motivo del centenario de su muerte, un ensayo biográfico de D. Martín Fernández Navarrete, y poco antes el más extenso de sus libros, la admirable biografía «El Almirante D. Antonio de Oquendo», dechado de erudición y amenidad que no solo narra la vida del gran almirante sino que pinta el más animado cuadro de la vida naval y política de aquella hora.

de esta ancha mesa de la Academia donde el lenguaje se limpia, se fija y se depura, no con hermetismo de laboratorio de alquimista, sino con amplitud hospitalaria de mueble abierto frente a la luz del mar.



EA el tercer «viva» de una manera especial para el marino, para el Almirante.

Naturalmente la Real Academia le recibe, ante todo, por su condición de hombre de letras: pero quiere de soslayo enviar su mirada de amor al hombre de mar; que está muy en su tradición rendir estos indirectos homenajes a la Marina de España.

En un discurso sobre el que fué también nuestro compañero D. Martín Fernández de Navarrete, el Almirante Estrada ha recordado melancólicamente que cuando murió, en Cádiz, el insigne Gravina, el héroe de Trafalgar, se le debían ciento cinco días de pagas atrasadas. El Almirante expone el dato y no dice más. Yo añado que siempre ha estado España atrasada en la consideración y atención para su Marina. Y que siempre anduvo la Real Academia impaciente, dentro de la medida que a ella podía corresponder, en ponerse al corriente en el pago de esos atrasos de amor.

España fué hecha y definida por Castilla, tierra genial y creadora, pero absoluta y ardiente «tierra adentro». En la periferia marinera, está todo lo diferencial; en el centro, llano y seco, todo lo sustancial y definitorio. En la periferia, rodeando al castellano, está todo el aro de los dialectos: el vasco, el bable, el gallego, los lemosines del Este. En la periferia está el lirismo céltico o el clasicismo mediterráneo, esporádicos y occidentales, en nuestras letras, rodeando los típicos y definitorios productos literarios centrales: la mística, la picaresca o el romancero. Los poetas gallegos, como Martín Codax que cantaba las *Ondas do mar de Vigo*, o Fernández Ternerol que miraba *as barcas en o mar* eran tipos diferenciados y marginales, cuando ya era el héroe nacional el Cid Campeador que, atravesando

llanuras y pinares y robledos, llega al mar de Valencia sin que su juglar se entere casi de ello, sin que tenga para el mar la lucidez de una mirada ni la limosna de un adjetivo. El *Poema del Cid* llega a la costa. Pero en el *Poema del Cid* no se oye el rumor de la playa.

Característico fué de España esta ausencia de conciencia naval. Toda ella fué «campeadora» como el Cid. Hasta su misma Marina podríamos decir que fué, paradójicamente, grande, mientras una técnica de estilo medioeval le permitía ser «campeadora». Se ha dicho que la última gran victoria naval española fué Lepanto. Fué, podríamos añadir, la última batalla de la Edad Media: la última que se resolvió como en un duelo personal, abordando la galera Real de D. Juan de Austria a la Sultana de Alí Pachá, trabándose por los espolones, agarrándose por los garfios, hasta unir sus cubiertas e improvisar así sobre el mar una pequeña llanura de gesta y romancero para los soldados del maestro de campo D. Lope de Figueroa; una diminuta y provisional Castilla para el eterno cuerpo a cuerpo del generoso instinto campeón de las gentes de España.

En cambio el declive del poder naval de España se inicia cuando en el Canal de la Mancha, como una miniatura del choque de dos mundos, se encuentra la Escuadra de la Ilusión con la Escuadra de la técnica. Empresa preparada desde las sequedades geométricas del Escorial; mandada por un procer sin sentido de mar, fué empresa ciega para la hora técnica que amanecía en el mundo. Los barcos ingleses, ágiles y ligeros, rehuían todo abordaje. Yá no era hora de «campear»; no era hora de improvisar sobre el mar llanuras de romancero.

El traumatismo de la Invencible dejó una larga estela acardenalada y dolorida en las letras de España. España pierde más y más su sentido periférico y se siente hacia adentro, como el hombre enfermo siente su digestión o su ritmo cardiaco. Toda España es tertulia y política, chismorreos palatino, pleitecillo de congruas y escalafones: toda ella es incomodidad digestiva y arritmia cardiaca: puro dolor orgánico y visceral.

Las letras acusan esta reversión de la conciencia patria y se produce en ellas el horror del mar. Lope—eterna cifra del pensamiento medio de España—escribe en *Los tres diamantes*:

Es la mar como mujer
blanda al que en sus olas entra,
más para querer salir
ningún remedio aprovecha.

Apreciación timorata de bañista de tierra adentro en la playa del improvisado veraneo, que remacha luego en *El laberinto de Creta*:

La mar ¿a quien hizo bien?
pues no hay en el mundo a quien
no le haya dado un pesar.

Iniciación del abstencionismo comodón que, reeditando la clásica postura horaciana, vé el supremo riesgo del hombre en las olas del mar y maldice del que primero se aventuró a surcarlas. Así los tercetos burgueses de la *Epístola a Fabio*.

¿Piensas acaso tu que fué criado
el varón para rayo de la guerra,
para surcar el piélago salado,
para medir el orbe de la tierra?

Esta es la adormecida conciencia naval española: la que se prolongó hasta el pesimismo del desastre colonial: la de las tertulias anestesiadas en los comadros administrativos; la de las ciudades costeras que no sabían de la gracia de un *Club Náutico* y en las que todavía ayer, había que sentarse para tomar un helado, en las terrazas vueltas hacia la calle por donde pasa la minucia y la anecdotia ciudadana y no hacia el mar por donde pasa el triángulo soleado de la vela latina y universal.

Pero la Real Academia, es contemporánea, en su raíz y espíritu, de aquellos claros varones, Patiños y Ensenadas, que lucharon solos contra esa general depresión de nuestro sentido marino. La Real Academia no se siente bien sin un marino, y

al recibir hoy al Almirante letrado, recibe, un poco, simbólicamente a la Marina Española. Ella sabe que por imperativo de nuestra geografía, el bien total de España, solo puede venir a ella, como Cristo vino a Pedro en el Evangelio: caminando sobre las olas del mar. Ella, al recibir a este Almirante, que tan bien ha escrito del pasado y del porvenir de nuestra Armada, quiere soñar que se le entra por sus puertas un profético ruido de barcos españoles que al surcar los mares, tendrán, un poco, sonido de motoarados, y de tejares y de imprentas; sonido de alegría campesina y de faena artesana y de bullicio escolar, porque todas estas cosas no son sino parcelas y rincones de la vida de España, y la vida de España, por un lado o por otro, limita inevitablemente con el mar y del mar recibe la fianza de su autonomía y la seguridad de su destino.



el cuarto y último «viva» sea, breve y conciso, al gran amor de nuestro compañero nuevo: al Mar. No al mar técnico y profesional; al mar simplemente: al desnudo y eterno monosílabo tembloroso de bellezas infinitas; a la criatura, que con el cielo estrellado, mejor refleja aquí abajo la inmensidad de Dios; al equivalente, en el espacio, de lo que es en el tiempo la eternidad y en el alma el anhelo.

El Almirante Estrada sabe que «hablar de la mar» es hablar de todo. ¡Con que casta dedicación ha hablado de él, empenachando su sabiduría de técnico con hirvientes espumas de poeta! ¡Con que ruido de epopeya nos ha dicho de los misterios mitológicos de la formación oceánica, de las natividades submarinas! ¡Con que suavidad galáica nos ha contado de la oración marinera, de la Misa a bordo, de las consejas y leyendas náuticas, de la bonanza y de la tempestad!

No es muy abundante en España este sentido misterioso y profundo de la poesía del mar. A ritmo con lo que antes indiqué, nuestra Poesía—sobre todo nuestra poesía central y canónica—es preferentemente enjuta, moralizadora, didáctica. Fue bastante reacia al misterio; defendió siempre sus perfiles intelectuales de la excesiva vaguedad lírica. Quizás el primer temblor de auténtico misterio que se advierte en las letras castellanas, es aquel que descubre el Marqués de Santillana desde su silla de montar de caballero y soldado. Varias veces el marqués había querido hacer «serranillas» y casi le habían salido romances fronterizos. Pero, al fin, un día, topa cerca de Hinojosa del Duque, con aquella serrana que no es greñuda y morena como las del Arcipreste, sino blanca y rubia: es decir extraña, foras-

tera, céltica. Por primera vez el poeta se enfrenta con lo misterioso:

Dijele: Donosa,
por saber quien era...

Porque,

apenas creyera
que fuera vaquera
de la Finojosa.

No sabe quien es; no puede creer que fuera lo que parecía. Era, por primera vez, un ser de misterio. Era la llegada a Castilla, en ese género de origen galaico, la serranilla, de la bruma del Oeste, de los perfiles desdibujados por el *orballo* invernal del Finisterre. Porque cuando el Marqués oteaba por primera vez lo vago y misterioso, empinado sobre su silla de castellano, ya hacía tiempo que el trovador Escuyo, con una timorata pudicia, incógnita en Castilla, había hecho una balada sencillamente para hablarnos de un cazador que iba al bosque con su arco flechero, pero perdonando la vida a las aves que cantaban.

Lleva arco en la mano para las matar.
pero a las que cantan las deja volar.
Lleva arco en la mano para las herir
pero a las que cantan las deja vivir.

Oh heroica virilidad castellana ¡que bien te viene, suavizando tu perfil anguloso, un poco de esa sensibilidad gallega del cazador asustadizo! ¡Que bien te viene, Poesía de Castilla, una ráfaga húmeda de aquel mar que junto a la ermita de San Simeón, cercó con sus olas a la niña que esperaba a su amigo, haciéndole prorrumpir en aquel anticipado renglón tan inmortal y tan moderno:

¡moriré hermosa en el alto mar!

Del mar le vino a nuestro épico y galopante romancero, el primer perfil desdibujado, el primer eco misterioso: aquel barco mágico, de jarcias de torzal de oro y palos de cristal, anticipo de aquella «nao futurista» que cantaría siglos después Fernando Villalón, y cuyo marinero niega al infante Arnaldos la rara

y misteriosa canción que viene cantando y que el infante quería conocer:

Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo vá.

Desde entonces el mar le ha venido negando sistemáticamente su canción, en la literatura española, a todo el que no ha ido con él. Se ha prestado, sí, a dóciles metáforas traslaticias para empresas morales y didácticas como en las *Barcas* de Gil Vicente o *Las Barquillas* de Lope o en los sermones del Padre Cabrera; a evocaciones mitológicas como en el *Ulises* de Arguijo o en el *Leandro* de Garcilaso; a exaltaciones épicas como en los poetas de Lepanto, con Herrera a la cabeza: trozos sueltos de la gran epopeya naval ibérica, que no logramos nosotros, sino Portugal en sus *Lusiadas*. A estas manipulaciones parciales ha prestado el mar docilmente sus espumas. Pero su verde entraña de misterio, apenas la ha revelado; su canción total y profunda, apenas se la ha insinuado a algún poeta anónimo y costero, desde cuya galera «toda de verde—de dentro afuera»; se veían venir «de Sanlúcar

rompiendo el agua,
a la Torre del Oro
barcas de plata»

Barcos de plata; galeras verdes ¡misterio alegre y fantástico del mar, tan claro y tan enigmático! Su canción total la estuvo reservando hasta los tiempos nuevos en que Ramón de Bastera, la requirió con amores de nadador, como en un «forcejeo viril, sobre el gran vientre de cristales»; cuando Ginés Albareda la piropeó desde los pinares de Mallorca; cuando del Río Sanz, el santanderino, se enterneció con aquel capitán viudo que tenía tres hijas, a cuyos tres pañuelos temblorosos respondía con tres silbatos cuando su barco salía del puerto. Y a la cabeza de todos, antecesor y capitán de la nueva poesía marinera, Tomás Morales, el canario, que gritaba con su voz dura y primitiva:

El mar es como un viejo camarada de infancia
a quien estoy unido con un salvaje amor.

Yo tenía las poesías de Tomás Morales en una bella edición torturadamente ilustrada por Nestor. Campeaba en la primera página una dedicatoria con su letra nerviosa. Se la presté a un amigo poeta que iba de cronista de guerra en el crucero Baleares. Se hundió con el barco. Mi edición de Morales está donde debía estar: en la profundidad azul del Mediterráneo, allí donde estaba su propio corazón.

Por eso, por esa esquivez de la definitiva entrega marinera, el hombre de mar tiene siempre un cierto misterio, una cierta lejanía en la mirada. El marinero es callado; el marinero se emboza en la neblina azul de su pipa. Así nuestro nuevo académico, nuestro almirante letrado, hombre de mar por su profesión, hombre de poesía lírica por su naturaleza gallega. Su prosa vá siempre más allá del concepto puro y frío. Su mirada se pierde siempre más allá. Habla y escribe con perspectivas de horizontes: hay siempre mitología debajo de su historia y sirenas debajo de su barco. Su estilo tiembla siempre como una alusión que sabe más que lo que dice. Y es que nuestro nuevo compañero sabe una canción. Esa canción que el mar no le dijo al infante Armaldos porque el mar solo se la dice a aquel que vá con él. Y con él solo van, del todo, los almirantes que saben de la certeza de sus rumbos y los poetas que saben de la inmensidad de sus sueños.

Y con esto, señores académicos, está cumplido el rito y servido el protocolo. He salido al portalón a recibir al nuevo compañero y darle la bienvenida de la nave. He lanzado al aire los cuatro vivas de reglamento. Si ahora vosotros aplaudis, no halagareis con ello mi vanidad. Vuestros aplausos serán las salvas de reglamento que, completando el protocolo, saludan la llegada del Almirante.

HE DICHO.

